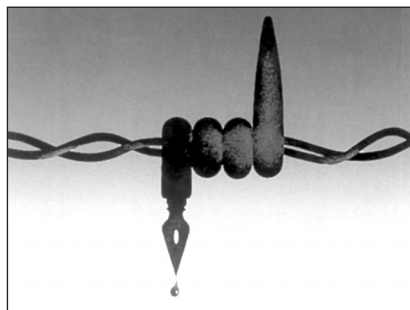


Las palabras indeseables



Rui Pereira

Las palabras
indeseables

Título: Las palabras indeseables

Autor: Rui Pereira

Portada y diseño colección: Esteban Montorio

Edición:

Editorial Txalaparta s.l.

Navaz y Vides 1-2

Apdo. 78

31300 Tafalla

NAFARROA

Tfno. 948 703934

Fax 948 704072

txalaparta@txalaparta.com

<http://www.txalaparta.com>

Primera edición de Txalaparta

Tafalla, diciembre de 2004

Copyright

© Txalaparta para la presente edición

© Rui Pereira

Diseño gráfico

Nabarreraia gestión editorial

Impresión

Gráficas Lizarra

I.S.B.N.

84-8136-383-9

Depósito legal

NA-3268-04

 Txalaparta

Si España es una ¿dónde está la otra?

José Bergamín

*Este libro está dedicado a todos los que,
con sus palabras y reflexiones, se han vuelto los indeseables
de un tiempo tan indeseable como el que nos toca vivir.
Aquí se busca rescatar a sus voces silenciadas.*

Agradecimientos

A las numerosas personas que aceptaron el reto de enunciar ante una cámara sus reflexiones más allá de los discursos primarios de la propaganda sobre un tema respecto al que no todos han deseado exponer sus ideas. Y a cuantos, cumpliendo simplemente con sus funciones o tornándose entrañables compañeros de viaje, han estado del lado oculto de las cámaras, en el lado oscuro, aunque su trabajo hubiera llegado a las pantallas. A todos ellos mis agradecimientos, un sincero *eskerrik asko*.

A Aldo Ferraris, Antonio Sabino, Fernando Silva, Gari Arriaga, Jabier Inarrairaegi, Karlos Eriz, Mikel Pruaño y Pedro Medeiros, Ramón Larrabaster y Roberto Barrios compañeros en la técnica, *eskerrik asko* por sus labores, por la operación de cámara y montaje realizados a veces desinteresadamente, gratis, y, sobre todo, por su generosidad, entrega y profesionalidad.

A Antonio Baptista, periodista de Barcelona; Carlos Rico (de la cadena de televisión SIC); Eider Rodríguez (de la editorial Txalaparta); Enara Arrieta y Oroitz Man-

terola (por algunas de las transcripciones); Iñaki Egaña (de la editorial Txalaparta, entre otras cosas más por su brillante labor de lectura y revisión del original, quitándole algo como 300.000 caracteres sin que perdiera un gramo de sentido); Iñigo Elkoro (del TAT); Joseba Goenkotxea, (del Gobierno Vasco); Lander Garro periodista guipuzcoano; Mariano Ferrer periodista de Donostia; Mirentxu Purroy periodista de EITB; Miriam Campos, (de Udalbiltza, encarcelada en el momento de escribir estas líneas); a Niko Gutiérrez (de ¡Basta Ya!) y Oskar Goñi, (de Udalbiltza, recién salido de la cárcel en el momento en que escribo). Las gracias a todos, independientemente del lado de la barricada en que se sitúan, por la contribución que han dado para que fuera posible recoger las imágenes y entrevistas.

Agradecimientos también a instituciones como el Gobierno Vasco, Secretaría de Interior y Gabinete del Lehendakari, a los Grupos parlamentarios de EAJ/PNV y SA, al TAT (Comité Anti-Tortura), a la Diputación Foral de Gipuzkoa, a los museos Vasco de Bilbao y Zumalakarregi y al Ayuntamiento de Bera.

Un agradecimiento muy especial a cuantos me han honrado con la disponibilidad para compartir conmigo las reflexiones y aportaciones, los entrevistados, cuyas palabras, a excepción de la organización ETA, hubieran quedado irónica e irremediabilmente confiscadas, de no darse la oportunidad propiciada por este libro:

Alec Reid (sacerdote y mediador en el proceso de paz de Irlanda); Ángel Rekalde (escritor, ex preso); Arnaldo Otegi (diputado, portavoz de la coalición ilegalizada Batasuna); Euskadi Ta Askatasuna (dos representantes anónimos); Félix Placer (sacerdote de la Iglesia vasca); Javier Odriozola (superviviente del bombardeo de Gernika); Javier Vizcaíno (periodista de Radio Euskadi); Joaquín Navarro (juez y escritor); José Luis Odriozola (superviviente del bombardeo de Gernika); José María Vizcaíno (empresario, entonces presidente del Club de Empresarios Vascos); Josu Goya (entonces alcalde de Bera); Joxean Oiz (profesor de euskara en la Ikastola de Bera); Juan

José Ibarretxe (lehendakari del Gobierno de la Comunidad Autónoma Vasca); Margarita Robles (magistrada en la Audiencia Nacional, miembro del Foro Madrid); Miquel Almirall (profesor y experto del Colectivo catalán Constrastant); Mireia Lluch (documentalista, hija de Ernest Lluch, muerto por ETA); Padre Olarte (del Monasterio de San Milán de la Cogolla); Raúl Morodo (embajador, profesor de Derecho, Madrid); Tomás Urzainqui (abogado y historiador); Txema Ramírez de la Piscina (profesor de Periodismo en la Universidad del País Vasco); Unai Romano (preso político torturado por la Guardia Civil) y Xabier Arzalluz (entonces presidente del Partido Nacionalista Vasco).

A todos ellos quería presentar públicamente mis disculpas esperando con este libro no sólo rescatar el eco de sus palabras, sino también contribuir a dejar un poco más claro el cómo y el por qué de las circunstancias que las han enmudecido. Que no nos falte, a nosotros, los de fuera, el corazón y la inteligencia para saber escuchar un silencio como el vasco, que por tan doloroso y dignamente soportado nos resultará más entrañable si cabe.

Prólogo

La isla de los fantasmas

Los mayores triunfos en materia de propaganda se han logrado no al hacerse algo, sino con la abstención de hacerse lo que fuera. Grande es la verdad pero, desde un punto de vista práctico, mayor aún es el silencio respecto a la verdad.

Aldous Huxley

Indeseable: adjetivo y nombre. Se dice de las personas cuyas cualidades (malignidad, falta de honradez, etc.) hacen que sea conveniente evitar su trato o proximidad. Particularmente, de los extranjeros cuya presencia en un país se considera peligrosa para la tranquilidad pública. De abrigo, de cuidado, elemento de cuidado [no grato, indeseable, peligroso o sospechoso], garbanzo negro, oveja negra. Fichado. Lista negra. Granuja. Peligro.

Diccionario María Moliner

A quienes suban al monte Igeldo para disfrutar la ópera-prima de la naturaleza, que es el abrazo entre tierra y mar en la Concha, se les fijará en la retina el magnífico detalle de la isla de Santa Clara brotando insólitamente del mar en el corazón de la bahía. Sin embargo, a la mayoría se le escapará que el islote conoció otros tiempos

más turbios, cuando acogía a los apestados o a los sospechosos de contaminación. Tampoco se percatará de la dimensión metafórica respecto a la actualidad de un país negado y convertido en una hermosa y terrible isla de Santa Clara. Una tierra de gentes relapsas, cuyas cualidades –como recomiendan los diccionarios al definir a los indeseables– «hacen que sea conveniente evitar su trato o proximidad».

Este libro es el relato íntegro de un reportaje internacional de televisión sobre el País Vasco, que se vio confiscado por el auténtico cordón sanitario que aísla de la mirada del mundo la realidad de un pueblo enmudecido en plena Europa democrática del siglo XXI. De cierta forma, una crónica de viejas islas en tiempos de nuevas pestes.

Se cuenta que siglos atrás, ahí mismo, en la isla de Santa Clara, al visitar ese escenario habitado por los peores de todos los indeseables de su tiempo, San Francisco de Asís contrajo una pulmonía. En nuestros tiempos, menos piadosos, algún cronista habrá de descubrir a nuevos sospechosos para sumar a los apestados habituales, hablando de los vascos de determinados vascos, en los mismos términos enfermizos y apocalípticos que habían atacado a Francisco en Santa Clara:

«Como en el clímax de la peor pesadilla –revelaba en *El Mundo* de 11 de agosto de 2002 su director, Pedro J. Ramírez– hemos descubierto que existe un proyecto compartido que pretende sumar en la calle, en las urnas y en las instituciones esos 10%, 15% o 12% de votos apestados a los del nacionalismo supuestamente moderado o democrático, con la pretensión de completar una mayoría aritmética desde la que destruir el Estado que a todos nos ampara y al que ellos tanto deben».

Narrador de virtudes y crónicas mayores, Daniel Defoe hizo en su famoso *Journal of the Plague Year*¹ una monu-

1. Traducido al castellano como *Diario del año de la peste*.

mental descripción del Londres apestado de finales del siglo XVII. El cronista ponía el énfasis en los sospechosos, describiendo cómo la epidemia crecía junto al pánico y la ignorancia. «Es tan razonable representar a una suerte de encarcelamiento por otra, como representar a cualquier cosa que existe realmente por otra cualquiera que no existe», observaba Defoe.

Camus que, por su parte, recupera estas palabras del viejo escritor británico al abrir su célebre novela *La Peste*, nos informaba sobre una Orán anestesiada al comienzo, aterrorizada al final, con sus habitantes prefiriendo no ver ni saber hasta que los hechos, disfrazados de muerte, explotaban en la vida de cada uno. «El mal que existe en el mundo casi siempre proviene de la ignorancia», agregaba, llamándole entonces «el vicio más desesperado del mundo».

Y en el País Vasco el vicio se ve y se escucha, sin que se olfatee ni se sienta. Nos lo narran la prensa, los autos judiciales, la propaganda masivamente distribuida. A los apestados vascos, su «habilidad» les lleva a «cuadrillas, sidrerías, vecindarios, parroquias, cofradías gastronómicas, clubes deportivos, cooperativas industriales». Se les descubre «camuflados en medios de comunicación, en asociaciones a favor del vascuence, en colectivos de familiares de presos, en movimientos ciudadanos». La contaminación –prosiguen los periódicos españoles– es general y hereditaria. Se extiende «a través de los denominados movimientos populares entre jóvenes de 14 a 20 años, heredado del entorno familiar y escolar».

La memoria y el imaginario de los hombres están llenos de terribles episodios deliberadamente ignorados de exclusión, de rechazo a los «peligrosos», de aquellos cuyas características «hacen que sea conveniente evitar su trato o proximidad», según el reputado diccionario de María Moliner. La crónica de los que hay que alejar, que aislar, que sustraer a nuestra convivencia, la narrativa de los criminales, de las brujas y los herejes, de los locos y los pederastas, de los parricidas, de los homicidas y suicidas, de los enfermos y de los reclusos,

de todos aquellos a los que cada época enclaustró en sus mazmorras ocultas, que confinó en sus islas de peste o sepultó en el silencio de su disidencia, toda esa crónica de tinieblas es la caja negra donde se acumula la geología de los indeseables de cada momento. Abrirla es mirar hacia ellos, pero también hacía los demás. Abrirla, en suma, es mirarnos a nosotros, como sociedad y por nuestra propia condición humana. Por eso preferimos no hacerlo. No pensar en ello. No enterarnos siquiera de que existió y sigue existiendo justo a nuestro lado, dentro de nosotros.

Así es que esta cámara que ahora sube a Igeldo, apuntando su mirada hacia la isla de Santa Clara, no busca solamente el mejor encuadramiento, la virtualidad pictórica que el icono turístico exhibe, sino también, en su siniestra reactualización, la metáfora que esconde. No busca al cartel turístico en su explícita belleza de convención, sino su geografía oculta, el territorio escondido tras del mapa. Es decir, otra cartografía de ese País Vasco del que dicen los directores de los periódicos tiene sus «votos apestados»; su gente, «elemento de cuidado», convertida por la fuerza de armas y palabras en «oveja negra», «lista de fichados»; sus ciudadanos convertidos en extranjeros en su país.

Una tierra de intranquilidad genética, casi arqueológica. Un país donde a los que luchan por ello, les puede esperar un destino cualquiera de los muchos que suelen ocultarse tras el paisaje de todas las islas de Santa Clara que pueblan nuestro mundo. Una tierra prohibida, cercada de mar hostil por todos lados. Una isla de indeseables arrinconados en la zona oscura de su luminoso cartel turístico.

Fue hacia ese objetivo invisible, a esa no-existencia, a dicha zona de sombra, hacia donde se apuntó, entre diciembre del 2002 y septiembre del 2003, la cámara filmadora. Un aparato al que se pedía que captara la esencia de lo oficialmente inexistente. Es decir, el problema vasco de una nación sin Estado y el problema español de un Estado sin nación, con todas repercusiones que

dicha ecuación conlleva. Fue sin gran sorpresa, que las imágenes tomadas acabaron volviéndose, por tan alta razón, en figuras de lo “indeseable”.

Al revisar al material grabado en las cintas, me detuve en unas palabras del profesor de la Facultad de Ciencias de la Comunicación, Txema Ramírez de la Piscina que, en su entrevista, comparaba al escenario mediático del conflicto irlandés con el vasco subrayando que «en el caso irlandés, cadenas públicas, estatales, han realizado entrevistas con miembros de la dirección del IRA en diversas ocasiones, lo que aquí sería impensable con representantes de la organización ETA, por ejemplo. Aquí la única cadena de televisión que ha entrevistado a la organización ETA fue la pública vasca EITB. Y para eso necesitó casi veinte años, realizándolo apenas durante el periodo de la tregua. En todos los precedentes veinte años de su historia, tampoco EITB hizo ningún esfuerzo en ese sentido. Sería impensable en el caso de televisión española, lo que me parece absolutamente increíble, porque al margen de que se pueda estar en contra de la actividad de ETA, se trata de un agente político fundamental en la política vasca y los ciudadanos tienen el derecho de conocer su posición».

Atendiendo a las circunstancias, es difícil no reconocer el carácter premonitorio que tenían esas palabras. Un valor que se nos habrá escapado a todos, atestando la falta de trascendencia, en el marco informativo español, del hecho de que el poder intentó y logró silenciar un reportaje porque la entrevistada era la organización ETA.

Lo más sorprendente para mí vendría más tarde. Porque la película inconclusa, que se rodó en el País Vasco Norte y Sur, en Cataluña y en Madrid, estaba destinada en su proyecto original, a difusión televisiva en distintos países. A excepción de los representantes del Estado español y del Partido Popular, entonces en el poder en Madrid, y de los oficiales de la jerarquía de la Iglesia vasca, todos los interpelados han aceptado compartir públi-

camente sus reflexiones. Incluso la organización armada vasca Euskadi Ta Askatasuna.

El resultado ha sido un conjunto de aproximadamente treinta horas de material grabado en tres fases distintas de filmaciones, que abordan tan ampliamente como es posible los aspectos históricos, económicos, sociales, culturales, políticos y de actualidad. Se trata de un trabajo, en mi opinión, con un doble interés. Por una parte, por su diversidad que resulta visible por el elenco de participantes; y por otra, por la intemporalidad de los temas abordados.

Es el momento en que Juan José Ibarretxe inicia el debate público de su Plan. Es decir, el momento en que desde Madrid, Barcelona, desde los centros políticos y económicos del País Vasco Sur y Norte, o desde el exilio y la clandestinidad se enuncian las primeras reacciones estratégicas a la propuesta del lehendakari vasco. Es un *tempo*, por así decirlo, de *impasse*.

Justo el día de la entrevista con Juan José Ibarretxe, en dependencias de la Administración autonómica vasca, la ciudad de Vitoria se cubría de un manto blanco de nieve. Por algunas horas, el frío y la nieve cerraron la ciudad. Sin cadenas para los neumáticos del coche, sin un solo taxi disponible en toda la ciudad, la única posibilidad que nos quedaba era la de caminar a través los jardines, con el equipamiento a hombros, hasta el palacio del gobierno. Además del frío blanco y suave, sin viento, de esa "Siberia-Gasteiz", como suelen llamarle los vascos, caía un silencio extraño sobre la ciudad. Fue una metáfora de todo nuestro trabajo: un tiempo suspendido.

Casi diez meses más tarde llegará la orden que, en verdad, dará origen al presente libro. La transmisión de un fragmento de la entrevista realizada días antes con dos representantes de ETA no iba a ser transmitida en la cadena de televisión portuguesa que la tenía editada y preparada para el principal telediario del día. Algunas horas más tarde, el diario *El Mundo* y la agencia Europa Press lanzan la información obtenida de «fuentes diplo-

máticas» según las cuales «la Embajada de España en Portugal había intervenido en la cadena de televisión para impedir la transmisión de la entrevista».

Después de siete años de seguimiento casi a diario del llamado “tema vasco”, no puedo decir, ni hoy ni por esos días, que los acontecimientos me hayan cogido enteramente de sorpresa. Se trataba, en toda su normal banalidad, de un episodio más de una práctica ya habitual, una práctica muy conocida entre los vascos y entre quienes acompañan con seriedad mínima el mal llamado “conflicto vasco”.

Tampoco podían resultar completamente sorprendentes las consecuencias internas del primero gesto de censura. La misma cadena de televisión portuguesa que empezara el proceso de edición y difusión de la entrevista con ETA iba a editar y transmitir íntegramente el documental en un nuevo espacio informativo que preparaba para abrir en su emisión regular. También eso acabó cancelado.

Pero lo que resultó absolutamente sorprendente y hasta penoso fue la solidaridad interesada de grandes organizaciones periodísticas internacionales. A nadie pareció interesarle lo que ETA tenía que decir sobre el conflicto que, en otros momentos de la historia reciente, tantas horas de emisiones cuidadosamente preparadas, o tantas y tantas docenas, centenas, miles de páginas, indignaciones, condenas y otras hipocresías colaterales habían publicado periódicos de todo el continente europeo. Ahí está, por ejemplo, el verano de 1997.

Materia intrigante que sólo el tiempo, «ese gran escultor», como le llamó Marguerite Yourcenar, se encargaría de aclarar con ocasión de las bombas del 11-M en Madrid, cuando cadenas de radio, televisión y periódicos de toda Europa se precipitaron sobre el viejo féretro del “terrorismo vasco” para, obedeciendo a la llamada del agónico Gobierno español, “almibarar” dúctilmente sus noticiarios.

Se manifestó entonces por vía del ruido, lo que por medio del silencio se manifestara ya, respecto a este trabajo sobre el tan cobijado tema de los “terroristas vascos”, un extraño pleonasma para quienes de fuera se hayan habituado a leer las noticias que llegan desde la base de los Pirineos.

Principalmente, cada uno por sus razones, todos han deseado hacer lo que hicieron. En la definición de un poeta, justo ésta es la base de todos los fascismos: hacer que todos deseen lo que desean todos, garantizando así que cada uno hará lo que todos deberán hacer. Saludada por la prensa española, la censura impuesta por la cadena portuguesa al documental constituyó el argumento para que todos pudieran censurar sin mácula en lo que pueda quedar por ahí de la llamada conciencia periodística.

La historia de la transformación del discurso en problema de orden público, de su militarización, del control de sus medios de producción y de circulación social es la misma historia del control de las gentes. Es la narrativa del poder, el hecho repetido desde los confines de los tiempos de que quienes pierden la guerra, pierden la voz. Una regla superior de la historia social. No de la comunicación sino de la dominación.

En concreto, no es razonable para los vascos, el suponer que pueden presentar libremente, en condiciones en que se les escuche, lo que entienden ser sus razones después del 1839, después del 1876, de 1937 o de 1975. No es sistemáticamente admisible. En esta medida, lo que les pasa a los vascos no es muy diferente de lo que pasa a los demás pueblos del mundo, aunque haya que reconocer, que es más “refinado” que lo que les pasa a muchos otros.

Lo de los vascos es más requintado porque se construyó a lo largo de las últimas dos décadas, convirtiendo al País Vasco en un banco de pruebas de lo inadmisibile. Un escenario donde resulta evidente cada día más claro que los “científicos” encargados de conducir el experi-

mento y sacar sus conclusiones son los políticos de turno en la Moncloa, con la bendición de la monarquía de La Zarzuela, del obispado con sede en Madrid “la Grande”, de toda la legión de hombres grises que trafican en democracias y otros subproductos suyos como las verdades de alquiler del periodismo uniformado y de todos los demás uniformes de comisarías y cuarteles propiamente dichos.

También es un experimento más requintado porque el País Vasco no es un territorio lejano de los centros llamados “democráticos” de Occidente. Todo lo contrario. Son europeos que viven en muchísimo mejor que la mayor parte de sus vecinos continentales. No se trata de la revuelta de una multitud despreciable de hambrientos temblando de malaria y ardiendo bajo el inclemente sol de África. Tampoco es que sean más retrasados, más tristes, más pobres, más negros, o no sepan cantar ni reír. Si estuvieran unos grados de latitud más abajo en el mundo, no pasaría nada. Con suerte se morirían de hambre o bien serían secretamente suprimidos como otras víctimas de igual des-importancia.

Pero en su espléndida vida de domingo por la tarde al borde de la mar de La Concha, recubiertos por el embriagante verde de sus campos, beneficiados de sistemas de salud, enseñanza y asistencia social envidiables, con un rendimiento *per capita* bien superior a la media de Europa, con sus redes de transportes premiadas por las instituciones europeas, el hecho de que mantengan un contencioso político con matices militares contra dos poderosos Estados europeos que se reivindicán democráticos, convierte a los vascos en un mal ejemplo, una peligrosa herejía.

De ahí resulta que al caso vasco haya que aplicarle la vacuna más eficaz y más implacable. En la lógica de la dominación, los vascos representan, más que lo no autorizado, lo no autorizabile. El epicentro del Edén no autoriza contestatarios. Por eso tanta inversión de esfuerzos, tanta saña al hablar de ellos y el no escuchar lo que puedan ellos decir de sí mismos.

Resulta curioso que, simultáneamente con este episodio de censura internacional, el consagrado cineasta Julio Médem se haya visto transformado en un nuevo demonio por la película independiente que por ese entonces concluía sobre los vascos. Igualmente curioso resulta que se supiera, justo en el mismo mes de octubre de 2003, que la entrevista con ETA fue censurada en Portugal y que el ex presidente de Chile, Eduardo Frei, había desistido de su visita programada al País Vasco por alegadas presiones del Gobierno español.

Hablamos, pues, del mismísimo mes de octubre del 2003 en que el entonces presidente del Gobierno español, José María Aznar, recibía en Nueva York el premio al "estadista mundial", otorgado por la Fundación Conscience Appeal (Llamamiento a la Conciencia), una distinción por «su valiente liderazgo y como infatigable adalid de la democracia, libertad y tolerancia». Más tarde ya nos enteraríamos todos que otra medalla del mismo tipo, en el Congreso estadounidense, habría sido adquirida por méritos de la misma naturaleza con que los grandes burgueses de antaño se travestían de hidalgos comprándose a los nobles decadentes títulos que harían olvidar su naturaleza menor de arribistas «con un enorme futuro trás de sí», como diría Curzio Malaparte.

El arte de reprimir en nombre de la libertad se perfeccionó incalculablemente. Valores otrora inadmisibles en el marco de una convivencia democrática se ejercen hoy en día como elementos constitutivos de ese mismo marco de democracia. Como si la represión selectiva o hasta generalizada fuera un requisito inherente a la propia democracia, en una época de confusión de valores, donde mentira y gobernación se articulan con tanta naturalidad que quienes se interroguen al respecto quedarán, como mínimo, en una posición de sospechosos de algo, no importa qué.

De hecho, lo que de la constante histórica de todo nuevo poder en cuanto emanación de cada vieja guerra parece resultar más interesante es la pretensión de civismo que hoy en día busca agregarse al hecho clásico

de la conquista. Algo que se hace a través de maquinarias persuasivas sin precedentes, destinadas a borrar la conciencia social de lo ocurrido en el pasado y de lo que transcurre en el presente.

El primer capítulo obedece al que, bajo mi perspectiva personal, constituye la oportunidad de concretizar una tarea irrenunciable. Es decir, dar existencia pública a los contenidos de las entrevistas que me fueron concedidas por las personas a las que invité a participar en el documental. Efectivamente, este libro da la posibilidad de rescatar sus palabras y cumplir con todas ellas, aunque de modo distinto del inicialmente previsto. Materia de honor personal y profesional, por tanto. De ahí su fundamental importancia.

Irreproducibles quedarán los planos de corte, las imágenes de interludio, las atmósferas que pautaron su captación, los lugares, las ciudades, los paisajes, los distintos movimientos con que una “cámara de fuera” puede captar esa realidad identitaria que, de hecho, ya es un país. Todo eso quedará archivado en la colección de cintas y en la memoria de la mirada sobre las cuales el tiempo pasará desechando lo que haya a desechar y conservando lo que haya para guardar. Porque parece cierto que la historia de cada uno se hace tanto de lo que no pudo hacerse como de cuanto se hizo.

Lo que sí se revela, son las palabras de los entrevistados y la historia íntegra de los hechos referentes a la realización y posterior neutralización de la entrevista con ETA y de la película, que en su conjunto ocupa el segundo capítulo que sigue a la presentación de las entrevistas concedidas para el documental. Lo ocurrido con la entrevista de ETA, y en consecuencia con el documental en que se incluía, nos enseña, igual que muchos otros episodios semejantes que vienen sucediéndose, cómo, al revés de lo que indican los enunciados predominantes de nuestro tiempo, el orden de batalla no está, ni ha estado jamás, en el “libre mercado de las ideas” sino en la gestión de las trabas impuestas en su acceso, e incluso en la inexistencia de cualquier “mercado de ideas”. Una

doble supresión producida en lo que Guy Debord llamó con notable precisión «la organización de la ignorancia».

Un gran número de reflexiones de autores muy distintos con referencia tanto a otros escenarios de conflicto como a los dispositivos de aplicación más general de lo que es el tan contestado sistema de poder y de dominación contemporáneos obedeció a lo que sigue siendo, a mi modo de ver, esa necesidad de enfocar el llamado problema vasco en el marco de otros que se fraguan por todo el mundo y que son objeto de unos niveles incomparablemente mayores de reflexión crítica internacional.

Los hechos que se narran en este libro se encuadran en la doble dimensión donde nos cruzamos con lo que es la pauta de procedimientos y actos de poder específicos en el País Vasco y también, en un ámbito más general, con las estrategias de dominación que recorren todo el planeta y sobre los que disponemos, hoy día, de todo un universo de reflexión de valor incalculable que nos llega de todas partes y de todas las épocas. Efectivamente, miles de hombres notablemente inteligentes y serios han trabajado sobre ese “dolor del mundo” en todas sus facetas y latitudes. El hecho de que su producción no haya tenido nada que ver con la situación vasca, nos permite, al recogerla y aplicarla precisamente a este contexto, demostrar que el “tema vasco” no se diferencia en absoluto de cuantos han preocupado y siguen preocupando a las conciencias más lúcidas de su respectivo tiempo.

Me interesó el sentido de conjunto. Y, por supuesto, no es posible reflexionar sobre una parte del sistema de dominación contemporáneo aislándolo de sus demás componentes. Y por la misma operación lógica, no resulta entendible lo que pasa hoy día en el País Vasco sin un recorrido, aunque puntual, por otros tiempos, otras geografías y otros poderes que no parecen relacionarse con el centro del asunto.

En el llamado “dossier vasco” se juegan, y de modo directo, las modalidades de existencia colectiva de tres

pueblos y naciones: españoles, franceses y vascos. Pero se juega mucho más que eso. La lucha que se libra en torno al País Vasco es algo que concierne profundamente a mucha otra gente. Sean los que viven en sistemas de democracia representativa en sus distintos matices, sean los que sufren las agruras de regímenes de despotismo brutal, o dictatoriales sin más. Sean los que un día al amanecer se despiertan bajo una lluvia de bombas en Bagdad o Kabul, o los que al otro día ya no despiertan para el mundo de donde la inanición y la insalubridad les libertaron. Sean, por ende, los que apenas se enteran de que todos los anteriores existen, de la misma forma que no acaban de enterarse completamente de que también existen ellos mismos.

La resolución de esta lucha en el País Vasco depende, por lo tanto, en una extensísima medida, del grado de atención que suscite en el exterior, en los círculos internacionales de reflexión no alineada. Las aportaciones que aquí se incluyen contribuyen a demostrar que no existe ninguna razón plausible para que este problema no se encuentre debidamente abordado en el panorama de discusión internacional, con la gravedad que le corresponde y en el sentido más profundo que le origina.

En un momento dado de la entrevista, uno de los representantes de ETA plantea la que es, a mi modo de ver, la cuestión clave: «¿Se puede considerar democráticos a dos Estados que niegan a un pueblo su derecho a la autodeterminación?»... La pregunta no es nueva, y será incluso la primera que se le ocurrirá a quien intente con seriedad entender qué pasa con el mal llamado “conflicto vasco”.

Solía decir Charles Wright Mills que «la calidad de la respuesta depende de la calidad de la pregunta». Interpelar el llamado “conflicto vasco” desde el punto de vista de sus consecuencias y manifestaciones es importante. Pero para entenderlo más allá del discurso primario de toda propaganda, habrá que buscar en una mirada radical. Radical no en el nuevo sentido atribuido a la palabra, sino en el de dirigirnos hacia las causas, las

raíces y a la más profunda naturaleza de lo que es su agenda oculta.

Y, al contrario de lo que proclama, la agenda oculta española en el País Vasco no se ocupa prioritariamente del tema de la utilización de la violencia o de la renuncia a la violencia. Patxo Unzueta, un ex miembro de ETA y desde hace tiempo, uno de los más cotizados articulistas pro españoles en las páginas de *El País*, lo subrayaba inmejorablemente, en la edición de 3 de junio de 1999 de este periódico, al apuntar que con el alto al fuego de ETA en el año anterior, se había «pasado de un grave problema de terrorismo a un gravísimo problema político».

La realidad encubierta que estas palabras desvelan, se materializa con otra radicalidad que años después pudimos detectar en las palabras del miembro de la Real Academia Española, Francisco Rodríguez Adrados, en las páginas de ABC del 7 de enero de 2003: «No acabará ese problema cuando acaben las bombas. Creo que habría que dejar claro el aspecto legal y constitucional de la cuestión: con bombas y sin bombas, con elecciones y sin elecciones, con referéndum y sin referéndum. El País Vasco es parte de España. Eso debería condicionar todas las respuestas. Aunque los métodos violentos desaparezcan y sólo queden los sinuosos. Con ETA o sin ETA ésta es la verdad. En España la independencia vasca pondría en riesgo todo lo demás, para qué dar nombres. Y piénsese en Italia y en Francia, y también en otros países. El complicado rompecabezas europeo, que después de todo funciona, podría venirse abajo. Europa, no sólo España, se juega mucho en esto. No nos hallamos, pues, ante un problema baladí. Ni con terrorismo, ni sin terrorismo».

La contraprueba, si acaso se lo necesitara, llegaba del otro extremo peninsular, por ocasión de una visita en junio de 2004 de la princesa Ana de Inglaterra a Gibraltar. Ahí quedaba reflejado un poco más esta misma España, que no es sólo la España de *La Razón*, o ABC, sino igualmente la España de *El País* y de la *intelligentzia*

madrileña que pasea por Europa su victimismo a manos de la terrible tribu vasca.

ABC iba por cierto al ocuparse del asunto en su mismo titular: «La princesa Ana visita el Peñón al cumplirse 300 años de la ocupación por los corsarios», añadiéndole: «no hay que andarse con rodeos». Expresión que, por cierto, Antonio Gala se tomó al pie de la letra interrogándose en *El Mundo* «¿qué pintan estos tricentenarios estúpidos, tramposos, de zarpa larga y dedos encogidos? Los llanitos son nacionalistas de segunda mano, que hablan inglés con acento de Algeciras. Gibraltar está entre los monos y San Roque. A la princesa Ana, que siempre está en Babia, van a ponerle un monicaco en brazos. Veréis cómo lo usa».²

No se ve claro que en el “problema vasco” pueden aparecer “los llanitos de segunda mano” ni tampoco la princesa británica de paso entre “los monos y San Roque”. Y no se ve, porque entender el problema vasco implica indagar en el problema español y en la efectividad de su propaganda de naturaleza democrática. Y ése es el primer factor oculto en toda la ecuación.

Lo segundo está referido al problema de la violencia, bajo su alias de “terrorismo” según la doctrina oficial de la propaganda. Se trata, evidentemente, de un tema antiguo, tal y como lo planteaba de manera elementalmente definitiva Régis Debray al notar que «de la misma forma que la idea de mi contrincante será ideología, terrorismo será la violencia de mi opositor. Siempre que un notable me habla de “terrorismo” y no de “ataque”, “resistencia” o “represalia”, él no me enseña gran cosa sobre el hecho a no ser que él sea “el que manda”. O que haya tomado partido por “el que manda”. Lo que en absoluto es una información, porque así lo han hecho siempre los notables de todos tiempos».

2. Recogido en *Gara* el 30 de junio de 2004.

Pero más que en la dimensión de su viejo pasado, hay que enfocar el problema de la violencia en su presente. Investigar en qué medida la demagogia de su reiterada evocación representa la construcción –muy de moda, en nuestro tiempo– de los muros que impiden su misma resolución.

Efectivamente, al centrar todo el debate en torno a la medición de la cosecha de sangre del conflicto, –de éste como de otros– la tapadera del “terrorismo” representa un doble embuste. A despecho de su proclamación martiriológica para consumo interno y externo, el sufrimiento español apenas puede superar al vasco si partimos del punto de vista de que un muerto de un lado es más valioso que su homólogo del otro. Que un secuestrado del lado integrista español es más importante que las decenas de miles de enclaustrados y torturados del lado autodeterminista vasco.

Asimismo, incluso el contable más inadvertido que decida seguir el ejemplo de valorar las razones en clave de litros de sangre vertida, llegará a la conclusión que, aunque en gruesa aproximación, comparando las realidades demográficas de los 37 millones de españoles y de los 2,9 millones vascos, con las cifras de los muertos perpetrados por ETA (800) y por las Fuerzas de Seguridad del Estado (200), la violencia de éstas ha sido, en proporción, tres veces mayor que la de la organización vasca, en los últimos cincuenta años de conflicto armado.

Pero la retórica “antiterrorista” representa más que la ocultación de su contenido de rehabilitación de «uno de los más viejos estereotipos del pensamiento europeo: la oposición insalvable entre «el griego (civilizado) y el bárbaro». Son palabras del sociólogo francés, Philippe Robert (1999), al estudiar la administración judicial contemporánea que, siempre orientada hacia los «individuos considerados intolerables», no hace más que cristalizar al drama de los sujetos que examina los objetos de una celda de cristal.

Todo el proceso de estigmatización es una mecánica y, apenas, una política concreta. Se aplica a los “vascos sanguinarios” en el Pirineo, como a los “estúpidos y tramposos llanitos de segunda mano” en el Peñón. Puede, en suma, aplicarse a cualquiera. Aunque se aplique en el orden práctico de su ejecución, se conjuga a través del nombre, de la palabra más que de la cosa. Más en el orden de la representación que en el marco de la realidad. Y se ejerce con una violencia tan ilimitada que hoy día el rostro de la inseguridad puede ser tanto el “terrorista vasco” como la princesa Ana de Inglaterra. Es una cuestión de calibre.

Quizá el aspecto más grave de esta retórica sea su anteriormente citada aportación a la prolongación de lo que dice querer solucionar. «Sin armas todo es posible», decían los dignatarios del Gobierno del PP antes del alto el fuego de ETA en 1998. El futuro de la frase se aclara cuando lo miramos desde el presente. Un presente en que al mismo tiempo que Javier Rojo, el socialista que preside al Senado español, proclama que «renunciando al terrorismo y con diálogo se podría avanzar en temas a los que hoy decimos no»³, su partido apadrina la ilegalización de la coalición HZ, plataforma autodeterminista que presentaba su candidatura a las elecciones de junio de 2004 al Parlamento europeo.

Un editorialista del diario *Gara* escribía en la edición del 14 de septiembre de 2004 respecto a José Luis Rodríguez Zapatero que «una sonrisa no es suficiente cuando se habla de pan». Cuando se habla de derechos humanos y de paz, tampoco. Donde la porra no bastó, no hay por qué esperar que la zanahoria sirva. Sigue percibiéndose la incapacidad de España en lidiar con el problema de su propia vertebración. Así siguen y seguirán las palabras y los silencios que tratan de ocultarlo.

3. Recogido en *Gara* el 4 de julio de 2004.

Porque la propaganda no es más que el eco mudo del grito que se le opone. Y en esa medida, el silenciamiento representa un grado añadido a todo el sufrimiento. Muchos otros han conocido la expresión dramática de su imposición. Especialmente, el pueblo vasco lo sufre igual que en los mismos tiempos del franquismo. Por eso recurro a las palabras del poeta portugués Fernando Pessoa para expresar cómo aquí «la realidad no me necesita».

El hecho de haberme encontrado en la “línea de fuego”, hizo que me tocara a mí. Pero lo que queda sustancialmente de todo esto es la demostración de cómo en el campo mediático y periodístico, cualquier proyecto independiente sobre el llamado tema vasco, sobre todo si incluye imágenes y es en un medio televisivo, tendrá enormes dificultades para su difusión.

El cinturón sanitario impuesto a la realidad vasca es un elemento fundamental para comprender la lógica de la dominación contemporánea. Tan importante para los Estados directamente involucrados en el tema como para todos sus semejantes que, en sus respectivos países, se enfrentan a un potencial de amenaza directamente proporcional a las operaciones que, también ellos, conducen en contra de los pueblos.

Las viejas tesis de la guerra civil de los poderes contra los pueblos siguen vigentes. Muchos de nosotros nos sentimos, viviendo este tiempo en el que «los hombres renuncian», como en los bellos versos de Sophia de Mello Breyner, una poeta portuguesa desaparecida algunos meses antes de estas líneas. Tal vez por eso, es un tiempo en el que tendremos que encontrar nuevas esperanzas en las viejas palabras con que Schopenhauer nos enseñó cómo toda verdad comienza por ser ridiculizada, para luego enfrentarla a una violenta oposición, hasta finalmente verse aceptada como obvia. Así ocurrirá también, con el asunto que aquí nos trae.

Rui Pereira

Miramar, noviembre de 2004

I

Las palabras

N*o cambiaría todos los problemas de Portugal
por el problema español.
Nosotros tenemos resuelto, al menos, el
problema de nuestra identidad.*

Durão Barroso, ex presidente del Gobierno de Portugal, presidente de la Comisión Europea.
Entrevista televisiva, 8 de enero de 2004.

Elaboración de un documental

La imbricada historia del documental en cuanto género “para-periodístico” desde finales del siglo XIX hasta hoy, nos conduce a una forma muy peculiar de comunicar un tema. Sus raíces nos las encontramos no en el periodismo, sino más bien en el cine, equilibrando una paradoja que puede enunciarse de la siguiente forma: a medida que se centra en un determinado aspecto de una temática más general, suele presentar un incremento de precisión en sus relatos; a la vez que, conservando

sus orígenes en la tradición cinematográfica, no pocas veces se ha desarrollado por caminos estrechamente vinculados a los de la narrativa de ficción, por lo menos, de recreación de lo real.

Realizar hoy día un documental supone que no se ignoren las reglas más vertiginosas del espectáculo periodístico y televisivo y, a la vez, tener en cuenta los instrumentos narrativos que nos apartan de los anteriores. Igualmente, debe estar presente la intraducible “objetividad” que sigue pautando la producción periodística, definida por un lado en cuanto diseño y vocación intrínseca y, por otro, como tapadera para frenar el incontable número de embustes que, a su sombra, pueden generarse.

De lo dicho resulta que el documental, más que a un amplio conjunto de reglas, obedece a un pequeño puñado de principios del que se intuye un punto de vista. Y, en el caso presente, el punto de vista resultaba muy claro: enfocar al problema vasco como el de una nación sin Estado en el marco más general y complicado de lo que es en realidad el problema español, un Estado sin nación o, como poco, un Estado que no conoce exactamente sus límites nacionales.

Otro principio elemental es el de ir más allá del discurso primario de la propaganda. Aquí se enmarcan aspectos como la ausencia de narración *off*, entendido como la no-preparación previa de las entrevistas con los entrevistados; la idea de que la voz del periodista nunca va a ser escuchada; la regla de no interrumpir al entrevistado durante sus exposiciones; el hecho de colocarles a todos un conjunto determinado de temas/preguntas sobre los que deben pronunciarse (además de las cuestiones suscitadas en el mismo transcurso de la entrevista).

Debido a la naturaleza “abierta” de la entrevista, casi todas las personas tendieron a alargarse, a dejar correr el hilo de sus reflexiones sin ningún marco preestablecido. La riqueza de contenidos que se obtuvo permitió seleccionar, para cada tema, el mejor trozo, lo más claro y potente de cada declaración.

Dichos fragmentos aparecerían en el documental insertados en sus respectivos bloques temáticos. La opción elegida fue distinta para la elaboración del libro, donde se gana más espacio expositivo. Metodológicamente se transcribió la versión íntegra de cada entrevista y luego se eliminaron aquellas repeticiones que, incluso, podrían permanecer en el discurso hablado pero que no tendrían sentido ni aportaban nada al sentido de lo escrito. Y eso fue todo, respecto a la dirección de la operación de “edición”.

Más reflexivo que noticioso, el trabajo intentaba establecer un tipo de ecuación que no dejara puntos de fuga para una argumentación retórica o propagandística. Al exponer los temas por su cuenta y riesgo, cada entrevistado dio la oportunidad a su propio discurso para que se expresara más allá de las contingencias de lo políticamente correcto o de lo circunstancialmente apropiado ante las cámaras.

De la misma forma, aunque el trato inicial para las entrevistas no excluyera nunca la posibilidad de que la emisión fuera transmitida en el Estado español o francés (todo lo contrario) parece ser que, el hecho de dirigirse al exterior, a periodistas y públicos extranjeros, ayudó a borrar condicionamientos discursivos que siempre pautan la intervención “interna” de cada uno respecto a un tema tan gravemente enconado como es el combate político y militar entre el nacionalismo español y el autodeterminismo vasco. Se trata de una apreciación personal. Cada lector tendrá la oportunidad de construirse la suya.

Las entrevistas recorren las grandes áreas temáticas del conflicto: la política, la historia, la economía, los aspectos y entornos sociales, las vulneraciones de los derechos humanos. A la temática específicamente cultural se le dispensó menos atención, no porque sea menos importante, al revés, «una vez que la política concluya quedará la cultura», como decía alguien, sino por la razón más sencilla, pueril y decisiva de que 50 minutos son apenas 50 minutos.

Mucha gente desea que el conflicto se solucione. En esa línea se enmarcaba el proyecto que, por lo general, fue entendido por las personas a quienes se dirigieron las invitaciones. Entre las que rehusaron se cuentan Danielle Miterrand y Mario Soares, alegando los dos compromisos respecto a la situación de Iraq que estaba a punto de ser invadido en esos momentos, y considerando que sus palabras sobre el País Vasco podrían ser mal interpretadas.

Ya en el ámbito interno, se dirigieron invitaciones a la Iglesia vasca que consideró igualmente inoportuno el momento. También se invitó al entonces representante del Gobierno español en la Comunidad Autónoma Vasca, Enrique Villar, que no disponía de agenda disponible para ninguna de las posibilidades que le fueron presentadas, sin que él propusiera ninguna alternativa. Igualmente nos dirigimos al entonces diputado del PP en la Cámara de Vitoria, Jaime Mayor Oreja, que tampoco se dignó a contestar los correos electrónicos remitidos ni las llamadas telefónicas.

ALEC REID⁴

(Donostia, diciembre de 2002)

Sacerdote irlandés, fue una de las claves del Proceso de Paz en el Ulster. Los periodistas narraron que le habían visto bajar a la calle y meterse en mitad de algún tiroteo entre las partes enfrentadas. Le encontramos en Donostia donde participaba en la Conferencia Internacional sobre Autodeterminación organizada por Udalbiltza, organismo que, más tarde, sería ilegalizado por los tribunales españoles.

4. Entrevista concedida en inglés. Traducción propia.

Derecho de autodeterminación, derecho fundamental

Creo que el derecho de autodeterminación es un derecho fundamental. Pienso que existen derechos personales, pero también que cuando existe una comunidad con una identidad histórica, cultural, política, ésta tiene derechos colectivos. Nosotros teníamos esos elementos en Irlanda, donde existía una comunidad nacionalista y una comunidad unionista que constituían dos comunidades diferentes, cada una con su propia identidad histórica, política y cultural. A la hora de construir la paz no es posible simplemente considerar a una en cuanto minoritaria (la nacionalista, en Irlanda del Norte) y a otra en cuanto mayoritaria (la unionista), por razones de dignidad de cada una de ellas: lo que llamamos dignidad democrática de la comunidad. Tuvimos que buscar una solución que acomodara las dos comunidades y sus derechos. Debimos considerar a ambas de igual modo. La comunidad unionista podría ser minoritaria si considerásemos la totalidad de Irlanda. Pero aunque estuviera en marcha un Tratado para toda Irlanda la parte minoritaria debía ser considerada como igual. Así se ha trabajado en Irlanda: se ha pretendido hacer valer los derechos de todos, sin pedirle a nadie que comprometiera sus principios.

No plantear el derecho de los Estados sobre los derechos de las comunidades

Preguntarme si los Estados, además de las comunidades, tienen también sus derechos, me parece que es conducirme a un tema moral que yo, en verdad, no he considerado nunca. Evidentemente, tendré que tener en cuenta que los Estados tienen sus derechos. Derechos con relación a otros Estados, derechos incluso respecto al pueblo que vive en ese Estado. Lo que no se puede es plantear los derechos y los intereses del Estado por encima de la dignidad de una comunidad. Eso fue justo lo que ocurrió, por ejemplo, en la Segunda Guerra mundial, cuando la Alemania de Hitler decidió que podía hacerse con toda Europa en nombre de sus intereses. Nos adentramos en un asunto moral, de con-

sideración difícil, pero cuyos principios me parecen claros: nadie puede suprimir la dignidad humana. Y tampoco se pueden suprimir los derechos humanos. En el proceso de paz irlandés hemos aprendido importantes lecciones. La primera de todas fue que siempre existe un camino por el que avanzar. Siempre. No importa lo difícil que sean los obstáculos. Igualmente existe un camino para avanzar aquí y ahora, en el País Vasco, aunque no parezca claro donde está. Hay que buscarlo con el espíritu correcto. Lo que, por encima de todo, significa primar el respeto por la dignidad del ser humano y por los derechos que de ahí resultan. El valor moral más importante es el de la dignidad de la persona, del ser humano. Y no es posible construir la paz en base a estrategias que no respeten la dignidad humana. Ése debe ser el criterio moral. E incluso adentrándonos en temas como los de las relaciones entre Estados y pueblos, siempre habrá que trabajar en esa clave. Sean los acuerdos los que sean, tendrán que resistir a la prueba de la dignidad de la persona humana. Lo hicimos en la comunidad que describí. La dignidad humana estaba en juego. Y eso, incluso si lo vemos desde el punto de vista de la fe cristiana, donde acreditamos que Dios ama a todos como si todos fuéramos una sola persona a la que amar, si lo miramos desde el punto de vista de que el Salvador ha muerto por todos nosotros, ese mensaje es el que existe para todos y para cada uno, para todas las personas y para cada una. Observando el mundo y viendo tanta pobreza, las guerras, la forma como tanta y tanta gente suele ser tratada, asistimos a un ataque en contra de la dignidad humana que no debía ser tolerado.

Ahora bien, saber si es democrático o no que un gobierno o un Estado no reconozca el derecho de autodeterminación a un pueblo es adentrarnos en un territorio muy político. En esta cuestión, en la situación que se vive aquí, en el País Vasco, en la que existe el Estado español y existen los vascos, o la nación vasca como se consideran ellos a sí mismos, creo que es necesario actuar con prudencia a la hora de hacer comentarios. Es necesario

trabajar cada situación, examinar y descubrir dónde se encuentran los términos de lo que es justo, de la justicia. En todas las situaciones hay una porción de justicia en los dos lados. Todas las historias tienen dos lados y cada uno de los cuales tiene sus derechos. Por lo tanto, deben analizarse las cosas con extremo cuidado, para ver dónde está la justicia. Es siempre el mismo principio. De ahí vino la segunda lección que hemos aprendido en Irlanda: sólo del diálogo puede resultar una dinámica de resolución pacífica y democrática de un conflicto. Diálogo entre todos los actores.

Falta una cultura de diálogo en la política vasco-española

Lo he dicho aquí, en el País Vasco, desde que llegué: el mayor problema que tienen no son las posiciones extremas, sino el hecho de que falta una cultura de diálogo en la política vasco-española. Creo que en Irlanda teníamos una mayor tradición y con eso quiero decir que el diálogo es una forma especial de comunicación que significa que las partes en un conflicto se reúnen para ver en qué pueden estar de acuerdo. Ambas partes se encuentran con el objetivo de descubrir la porción de verdad que existe en el planteamiento ajeno.

En un conflicto como éste, todas las partes tienen una porción de la verdad y producen valoraciones que son ciertas, incluso ETA, incluso el Gobierno español. Cada uno detenta una parte de la verdad. Y la verdad se establece escuchando a todos. Será ésta, en definitiva, la que conducirá a la salida del conflicto. Si escucha usted la expresión total del conflicto, si escucha la verdad que cada una de las partes tiene que contar, verá el camino para resolverlo. Lo que sucede es que aquí no parece existir una tradición así. Cuando se encuentran todas las partes, lo más importante para cada una parece ser persuadir a la otra de su razón, atacarle, o quejarse de él. Es decir, nos encontramos en una situación tal que el Gobierno español no admite siquiera que existe un conflicto. En Irlanda, por lo menos, todos lo admitían. Al

hablar con uno de los líderes vascos sobre la necesidad de que cada uno escuche a los demás y se busque la verdad conjuntamente, de que se busque el punto común de acuerdo, un terreno común, él me contestaba: «Sí, pero ¿qué puede usted hacer si el Gobierno español no habla, si no admite siquiera la existencia de un conflicto? ¿Qué puede hacer usted estando en ese punto?». Le contesté que tenía que lidiar con eso. Le dije que siempre existe un camino por donde avanzar. Los propios vascos habrán de buscarlo.

El secreto del proceso irlandés, desde un punto de vista nacionalista, fue que los mayores partidos del Norte, SDLP y Sinn Féin, así como el Gobierno irlandés, trabajaron conjuntamente para llegar a un planteamiento común. Se tardó mucho. Creo que se podrá hablar de unos dos años para que se alcanzara una posición común. Porque el SDLP y el Gobierno la tenían establecida ya, pero faltaba el acuerdo del Sinn Féin. Se escribieron un motón de papeles, porque el Gobierno irlandés no hablaba directamente con el Sinn Féin, pero se comunicaron con ellos a través de mensajes y documentos y, efectivamente, arreglaron las cosas para alcanzar un acuerdo. Bueno, tal vez me estoy alejando del tema. Lo que yo pienso es que tienen que sentarse todos y escucharse unos a otros. El Gobierno español y también los partidos españoles que tienen sus propios puntos de vista, tienen derechos, obviamente. Por eso es necesario que se sienten, que se escuchen y que juntos intenten descubrir la verdad del otro. Es necesario que deseen ser justos unos con otros. Sólo de ahí saldrá una solución para una comunidad que está rebelándose, o insistiendo que tiene ella sus propios derechos y que éstos le están siendo negados.

En 1998 faltó una instancia exterior de apelación

Lo que pasó con el proceso del alto el fuego de 1998 fue extraordinario. Entonces yo estaba convencido de que ya lo tenían, de que seguirían haciendo progresos. Luego, la ruptura del alto el fuego supuso un enorme

problema, como se ve actualmente. Las gentes del PNV, de EA, de ETA, de los sindicatos, pero sobre todo del PNV, sienten de alguna forma que han sido traicionados. Se sienten traicionados, en definitiva, por ETA, y quizá por Batasuna. Ellos tenían unos acuerdos establecidos que se convirtieron en papel mojado. Por otra parte, la gente de Batasuna y de ETA manifiesta que fueron ellos los traicionados. Ellos firmaron unos acuerdos que no fueron cumplidos... no lo sé. Pienso que, y esto fue otra lección que aprendimos en Irlanda, (se trata de un error que hemos cometido también nosotros, de una debilidad) cuando se llega a un acuerdo de este tipo, en que las personas pueden tener diferentes entendimientos, cuando todavía no ha pasado el tiempo suficiente como para madurar las cosas, es necesario lo que yo llamaría una "instancia de apelación", un grupo, digamos, de tres o cinco personas, preferentemente exteriores al conflicto que actúen como testigos, de notarios. Es decir, personas que lo firmen también, junto con las partes, y que posean su propia lectura de lo que se firmó. Posteriormente, de haber algún problema, en caso de que alguien acuse a otro de no estar cumpliendo con su parte, esa instancia puede ser reclamada. Sería, digámoslo así, como un tribunal de apelación donde sea posible aclarar y centrar los contenidos firmados. Eso minimizaría a los riesgos de una falla, de una ruptura. Nosotros no lo hicimos en Irlanda y todavía hoy seguimos teniendo problemas. Es decir, tratándose de un acuerdo que requería en sus tópicos más importantes para la comunidad del norte el consenso entre las tres partes, lo que se verificó fue que al no tener dichos testigos independientes, las cosas se volvieron muy peligrosas. Porque siempre alguien podía decir «no fue eso lo que yo firmé». Respecto a uno de los temas clave, la reforma de los cuerpos policiales, por ejemplo, los trabajos de la llamada Comisión Patten, fueron simplemente ignorados por el Parlamento de Westminster que, en verdad, hizo su propia ley. Al final se logró el acuerdo del Gobierno irlandés y del SDLP pero no del Sinn Féin. De haber una tal comisión de apelación, el Sinn Féin podría haberse quejado y la

otra parte no podría seguir en su línea. Es decir, se trató de una debilidad. Si en el futuro se avanza aquí en otro acuerdo como el de Lizarra-Garazi, deberían incluir ese tribunal en la estructura. Es un refuerzo de la confianza que, al final, es el gran problema. Lo que puede haber ocurrido con Lizarra-Garazi es que ambas partes se sienten traicionadas y puede ser que no haya sido más que un malentendido. Aunque sin conocer los detalles, lo que puede efectivamente haber ocurrido es un malentendido honesto de las dos partes.

Respecto al Gobierno español, ni siquiera han hecho un intento para aprovechar la oportunidad. En realidad, han creado problemas. Pero ellos son la autoridad, las personas responsables y tienen por eso la responsabilidad primera de vislumbrar toda oportunidad. Lo mismo pasó en Irlanda, donde las personas del Gobierno inglés, en definitiva las que tenían el poder y la responsabilidad, acabaron haciendo lo mismo. Puede discutirse si debían o no haber hecho más, pero lo cierto es que los gobiernos son los que tienen el poder y, por lo tanto, los que se encuentran en mejor posición para hacer lo necesario para que las cosas cambien y se solucionen.

De sentirse personalmente en riesgo, la gente en el poder arreglaría muy pronto el conflicto

Sobre el papel de la Iglesia, apenas puedo hablar en mi nombre, soy un redentorista, me limito a actuar bajo órdenes de mis superiores. Tenemos un ministerio para la paz y nuestro objetivo primero es sacar el conflicto de la calle y trasladarlo a la mesa de conversaciones que es donde puede ser evaluado pacífica y democráticamente. Lo que intentamos es no involucrarnos en la política del tema y sacarlo de la calle. Más que nada por el sufrimiento que conlleva. Aquí, y en estos precisos momentos, tenemos a gente que tienen que hacerse acompañar por guardaespaldas. Tienen mujeres e hijos con guardaespaldas caminando por la casa... es necesario entender el sufrimiento que existe en eso y las preocupaciones respecto a los niños. Hay personas que están en la cárcel y

nosotros lo sabemos bien, porque lo vivimos en Irlanda, que los familiares de los presos sufren todavía más que ellos. Mujeres y niños desplazándose para visitarlos, cada semana, durante diez, veinte años... es un gran sufrimiento para todos. La vida sigue adelante pero sus mejores años han pasado. Hay viudas, yo he conocido a algunas de ellas, hay víctimas que han quedado heridas... las tenemos también en Irlanda. Si alguien se muere en un desastre natural, uno lo puede aceptar mejor que si alguien muere por un tiro o por una explosión. Treinta años después, he conocido a personas afectadas y reaccionaban como si hubiera pasado la víspera. Eso es lo que nos hace entender que la guerra siempre es la peor de las cosas en que uno puede verse involucrado, por el sufrimiento prolongado que genera. Por eso, cuando nos preguntan quiénes somos y qué hacemos nosotros, solemos decir que representamos a la próxima persona que va a morir, a quedar herida, o a la próxima familia devastada.

Solemos pedir también que se impliquen los responsables de los gobiernos o de las fuerzas policiales. Porque esas personas no son las que tienen sus vidas colgadas al borde de su tumba. Al revés, mire a las personas pobres, la gente de a pie, las personas inocentes que han salido a hacerse la compra, como nos pasó en Omagh. Son ellas quienes van a morir o a quedar heridas. Yo siempre digo que si alguna de esas personas de la jerarquía supiera que en los siguientes seis meses su mujer, su hija o su hijo pueden morir, seguro que tendrían una actitud enteramente diferente respecto al tema del diálogo. Es decir, si alguien en posiciones de poder pudiera pensar que su mujer, su marido, o sus familiares van a morir por causa del conflicto, seguro que esa persona haría muchísimo más por resolverlo.

Lo que decimos nosotros es que cada mujer, cada marido o hijo son tan importantes como otro cualquiera. Desde este punto de vista, lo primero es dejar fuera de todo a la política. Ése ha sido un logro muy importante que hemos alcanzado en Irlanda, porque el presidente

del Gobierno de entonces, Albert Reynolds, ha tenido precisamente un enfoque de este tipo respecto al problema. Lo que nos toca es salvar vidas humanas. Él no ha pensado nunca que si hago esto o dejo de hacerlo mi Gobierno va a tener problemas, o puedo tener yo problemas con mi partido. Lo que dijo fue «no me importa si mi Gobierno va a caer, si voy a perder mi posición. Hay que salvar vidas y si trabajamos desde ya, igual logramos salvar a las que van a morir el próximo mes». Fue importantísimo que él pensara de esta forma, por encima del partido, por encima del Gobierno y de sus intereses personales.

Mire usted, es que todos somos pecadores y el pecado nos atañe a todos. Ante el pecado cometido por las personas que piensan en clave de las próximas elecciones o de saber en qué medida adentrarse por estas vías puede costarles el liderazgo de su partido... es necesario decirles que ése no es el camino, que estos problemas no se solucionan nunca en la calle o llenando las cárceles. ¡Jamás!

El Gobierno español tiene más intereses en Euskadi que el inglés en el Ulster

El Gobierno inglés ha reconocido con su Declaración de Downing Street que el pueblo irlandés tenía el derecho de autodeterminación y de decidir lo que quisiera. Pero hay que reconocer que el Gobierno inglés no tenía el mismo interés en Irlanda de Norte que lo que mantiene el Gobierno español en el territorio vasco. No conozco la totalidad de la cuestión aquí, pero el Gobierno británico ya no tenía en el Norte de Irlanda el mismo interés que había tenido cuando se trataba de combatir a sus enemigos en las guerras europeas de siempre. Ellos han combatido a los españoles, a los franceses, a los alemanes. Y sabían que los irlandeses estarían al lado de todos aquellos que se les opusieran. Una vez que los días de guerra quedaron en el pasado, ya no necesitaban mantener ahí una base desde la cual controlar a los irlandeses. Con lo de la Unión Europea y todo eso, el Go-

bierno británico concluyó, pues, que no le quedaba ningún interés propio en aquella región.

Respecto a los españoles, me han hablado de la conexión muy especial que mantienen con el País Vasco. Los vascos han contribuido en gran medida en el desarrollo de España. Y parece que ahora los españoles enfocaran el tema como un matrimonio que los vascos quieren concluir. Al querer marcharse, están planteando un divorcio y eso le cuesta a España. No sólo en cuanto una cuestión política sino también sentimental. No es que ellos pretendan proseguir con una dominación pero es como algo que formara parte de su misma identidad. Como que si los vascos se marcharan, ellos mismos dejarían de saber quiénes son... No lo tengo muy claro, y en todo caso resulta muy extraño: como si los españoles sintiesen a los vascos como una parte suya y a ellos mismos como parte de los vascos. Algo así como la amputación de un brazo. Como si estuvieran preguntándoles a los vascos «¿pero por qué quieren ustedes el divorcio? ¡Nosotros no queremos hacerlos daño!», ¿me entiende?

Esto lo comenta para decirle que a la hora de enfocar un conflicto, siéndole ajeno, se necesita extrema prudencia. Y hablar con toda la gente para obtener una visión global. Yo he hablado con algunas personas que han integrado en el pasado el Gobierno español, pero no he hablado nunca con algún titular gubernamental en ejercicio. Así que, la persona con la que hablé, a pesar de ser una persona encantadora, no estaba en condiciones de establecer un contacto o una interpretación de tipo oficial. Lo que sí hemos hecho, ha sido hablar con personas vinculadas al PSOE en Navarra, en Bilbao e, indirectamente, con los demás. Por eso no me parece muy correcto, respecto al Gobierno español, hablar sin darles la oportunidad de que se expliquen.

Para ser un político institucional, Ibarretxe fue muy atrevido

Creo que existe efectivamente esperanza para la resolución de este conflicto. Me quedé sorprendido al ver

que los principales partidos nacionalistas habían alcanzado unos principios comunes. La propuesta del lehendakari Ibarretxe me ha parecido una muestra de gran coraje para un político institucional. Es decir, pocos políticos con cargos institucionales serían capaces de hacer lo que hizo él; estarían ocupándose excesivamente con su propio partido, su carrera profesional y política... pero él salió de ese ámbito y le planteó un desafío muy serio al Gobierno español. Creo que eso merece que se le reconozca, porque incluso parece que lo ha sacado adelante por su propia cuenta y riesgo. Por supuesto que la gente de su mismo partido y, obviamente los españoles, van a atacarle de todas formas. Así y todo, lo que he visto es que todas las fuerzas del arco nacionalista vasco, PNV, Batasuna, EA, los sindicatos ELA y LAB, Aralar, todos parecen de acuerdo respecto al principio: que los vascos tienen derecho a la autodeterminación; que los vascos tienen un territorio del que tienen un derecho legítimo de disponer como mejor les venga; que el pueblo vasco lo forman todos los que viven en el interior del territorio histórico del País Vasco y que el derecho de autodeterminación respeta e incluye a todas esas personas que no se identifican como nacionalistas vascos, pero que asimismo son sujetos de ese derecho.

En nuestro caso, pasó algo semejante cuando John Hume y Gerry Adams reconocieron que el pueblo irlandés tenía derecho de autodeterminación. Ese principio se les aplicaba igualmente a los que no se sentían irlandeses, pero mantenían la posibilidad de involucrarse en el proceso. Es lo que pasa aquí. El día en que haya un referéndum, las gentes podrán incluso decidir que quieren una relación más cercana con España y yo acredito que los nacionalistas dirían «pues muy bien, esto es el ejercicio del derecho de autodeterminación por lo que hemos luchado, no nos gusta el resultado, pero lo aceptamos porque se trata de algo efectivamente democrático». Creo que eso es algo maravilloso. Una vez alcanzado un acuerdo de este tipo para nosotros en Irlanda, no pasó más de un mes hasta que las cosas se pusieron en mar-

cha. Aquí entra el tema del diálogo. A pesar de que el diálogo haya quedado afectado por el clima de sospecha respecto a lo ocurrido con Lizarra-Garazi, que si los nacionalistas lograsen trabajar conjuntamente para el bien común, recaudarían todo el apoyo de la gente y eso sería algo muy fuerte.

ETA es un avión buscando una pista de aterrizaje

Nosotros no hemos tenido nunca sindicatos fuertes en Irlanda. De haberlos tenido, hubiera sido algo muy fuerte estratégicamente. Porque otra lección que hemos aprendido es que la dinámica auténtica provenía del pueblo, del pueblo nacionalista. Ellos discutían sobre lo que era la estrategia esencial. El IRA decía que era la estrategia armada, porque los políticos irlandeses en el poder no tenían una línea de actuación efectiva y los británicos no iban a tomarles en serio. Lo que los partidos pacifistas dijeron fue «al unírnos lograremos nosotros esa dinámica». Y eso fue lo que hicieron. Y aunque sea cierto que los líderes políticos se pusieron de acuerdo, también es verdad que la dinámica auténtica llegó del pueblo irlandés. El pueblo es la alternativa a la lucha armada. Nadie puede derrotar una estrategia basada en un consenso de ese tipo y apoyada por el pueblo. El pueblo sabía instintivamente qué era lo que había que hacer. Claro que también es necesario que los liderazgos políticos logren un acuerdo y lo promocionen e impulsen. Precisamente en este punto es donde tengo mayores dudas respecto a la cuestión vasca. La dinámica de diálogo es muy débil. Su tendencia es la de reunirse para afirmar: «¡Esto es así!». Y eso es inútil.

En Irlanda también hemos aprendido que cuando tenemos un conflicto desarrollándose continuamente en la calle, y que las Fuerzas de Seguridad intentan suprimir por todos medios (las leyes y todo eso) sin lograrlo, eso significa que se trata de un conflicto en torno a los derechos humanos. Ésa fue una de las primeras cosas de las que me he percatado aquí, en el tema vasco: se trata

de un conflicto en torno a los derechos humanos, porque, a pesar de todo, no logran derrotar a ETA.

Esto es lo que solía decir al IRA: «Cualesquiera que sean vuestras intenciones, lo que es cierto es que dividiendo al campo nacionalista, porque una gran parte de él no está de acuerdo con la lucha armada. Estáis destruyendo a vuestra propia gente, ubicándola en las manos del imperio, porque la táctica de los imperios siempre fue la de dividir y conquistar. Eso es lo que estáis alimentando al dividir a vuestra gente, de la que, quizá un 90% no concuerda con vosotros».

Yo aquí no he hablado con ETA. Pero personalmente pienso que ETA, en estos momentos, se parece a un gran avión volando en círculos sobre el aeropuerto, buscando una pista lo bastante grande para que poder aterrizar. Y todavía no la ha encontrado. Incluso yo diría que de aterrizar ETA, no volverá a levantar vuelo.

Tomarse un *pintxo* y hablar

En este punto entra Udalbiltza, que por ahora se encuentra dividida. Lo primero que hay que hacer es reconstituir su unidad y darle cuerpo a una constitución con la que todos estén de acuerdo. Son ellos los que pueden, por esa vía, propiciar la pista de aterrizaje que busca ETA. Puede ser que Udalbiltza sea la clave para toda esta situación. De lograrse unos acuerdos ahí, entre todos los partidos y sindicatos nacionalistas, incorporando también los caminos propuestos por el lehendakari, la pista existirá. La pista para que aterricen y se junten a la mesa de negociaciones.

Pero los dirigentes de ETA tienen que ser sumamente cuidadosos, no tienen que provocar divisiones, lo que siempre es un problema en este tipo de organizaciones. Si las personas que la integran dicen que no quieren continuar y los líderes siguen adelante, el resultado será una nueva ETA. Eso ha pasado con el IRA, algo que puede volverles incluso más activistas y violentos. Por eso sus líderes tendrán que ser muy cuidadosos para asegu-

rarse de que, al bajar el avión todos vienen dentro, todos están cómodos a bordo.

Udalbiltza tal y como lo veo, al buscar aunar los objetivos del nacionalismo vasco por medios pacíficos, representa algo muy creativo. Quienes lo han dibujado han sido inteligentes y creativos a la hora de construir instrumentos de pacificación. Ahora lo que sí necesitan es encontrarse informalmente. Siempre que se formalizan se pierden. Les he dicho a todos con quienes he hablado, que se encontraran para hablar personalmente entre ellos, sin la pretensión de firmar acuerdos y documentos, simplemente con el objetivo de entender de qué va cada uno, que piensa... de definir cada uno en qué medida puede persuadir a su parte a aceptar las ideas del otro, para llegar a alguna parte. No resulta importante que yo esté representando formalmente a mi partido. Basta con encontrarse, tomarse un *pintxo* y hablar.

ARNALDO OTEGI

(Parlamento de Gasteiz, enero de 2003)

Diputado y portavoz de Batasuna, Arnaldo Otegi es un político clave en la escena vasca. Con ocasión del alto el fuego de ETA, la prensa internacional le consideró el "Gerry Adams del Pirineo". La entrevista fue realizada en el Parlamento de Gasteiz, cuando Otegi estaba a punto de convertirse en diputado de un partido ilegalizado. Enmarcándole en lo ocurrido en Europa del Este e Irlanda, defiende que la autodeterminación es un derecho aplicable al País Vasco, y que ésta sigue siendo una consigna prohibida. En su opinión, el problema no es que Batasuna quede ilegalizada, es que el País Vasco siga siendo "ilegal".

Democracia española: no se puede estar "medio embarazada"

En este país se da una circunstancia curiosa y es que todos los portavoces de los partidos están todo los días diciendo que en el Estado español no hay división de poderes. Eso es algo evidente. En el Estado español hay un régimen absolutamente clandestino de financiación

de los partidos políticos existe un régimen casi de monopolio de los medios de comunicación, etc. Si uno suma todos esos factores tiene que concluir que el régimen español no es un régimen democrático al uso. Pero claro, ésa es una conclusión a la que nosotros llegamos hace 25 años cuando iniciaron la reforma franquista, mientras otros han mantenido que eso no era cierto, que existía un auténtico Estado de Derecho.

Ahora hay quien habla de «déficit democrático» que es un lenguaje bastante curioso, porque se puede estar embarazada o no, pero medio embarazada no se puede estar. El problema es que no hay un régimen democrático en el Estado español y que eso es evidente. Lo último ha sido la ilegalización de Batasuna. Sin embargo, el problema no es que Batasuna sea ilegal, el problema es que nuestro país es ilegal porque el nuestro es un pueblo, es un país, al que no se le reconocen derechos políticos, y ésa es la cruda realidad. Y ése es el conflicto, el famoso conflicto.

Nosotros desde la izquierda independentista aspiramos a ser nacionalistas provisionales. Yo quiero ser vasco y de izquierdas. Yo no quiero ser un vasco nacionalista. A mí me han impuesto ser nacionalista. ¿Por qué? Porque hay un nacionalismo como el español que es absolutamente agresivo. Y es, además, un nacionalismo totalmente reaccionario. Me contaba hace poco un periodista británico una cosa que es verdad: a los españoles los han expulsado de todos los sitios. Ahí tiene el propio proceso de descolonización que hubo en Portugal, los españoles nunca han hecho eso. A los españoles ha habido que tirarles de todos los sitios porque ésa es su mentalidad.

El famoso conflicto consiste en que nosotros decimos que los vascos somos una nación, que la soberanía reside en el pueblo vasco, y que los españoles dicen que los vascos formamos parte del pueblo español, que no tenemos soberanía y que la soberanía reside en el pueblo español. Nosotros queremos decidir por nosotros mismos porque, en definitiva, entendemos que somos sujeto de derecho internacional, y ellos nos impiden hacerlo. Es

cierto que además se dan episodios de lucha armada, de represión, etc., pero el conflicto central que hay que solucionar es si los vascos tenemos derecho como los portugueses, como los españoles, como los chipriotas, como los lituanos, como los letones a decidir qué queremos hacer con nuestro pueblo y con nuestro país. Ése es el conflicto y, hoy por hoy, Madrid continúa donde siempre ha estado: en la imposición, en la cerrazón y en una especie de pensamiento más próximo al siglo XIX que al siglo XXI.

Nos han impuesto una monarquía, una bandera, una lengua, el ejército...

Cuando nos hablan de nacionalismo vasco obligatorio, nos resulta bastante curioso (se cita siempre además el tema de la imposición lingüística). Los nacionalistas vascos de derecha o de izquierda estamos imponiendo a la población la lengua vasca que es algo como que nosotros digamos que el Gobierno de Portugal impone la lengua portuguesa a los portugueses.

Yo les reto a todos los constitucionalistas españoles a que me pongan delante un solo niño o una sola niña en este país que no sepa hablar español y que haya salido de la escuela pública vasca. Que me traigan sólo uno, no les pido dos. Les pido que me traigan uno, le pido al señor Savater que me presente a un solo niño, una sola niña que no sepa hablar castellano, ya le traeré yo decenas de miles de niños y niñas vascas que salen de la escuela pública y que no conocen la lengua nacional de los vascos que es el euskara. Y ésa es la permanente mentira, ¿qué les hemos impuesto nosotros a los españoles?, ¿qué nos han impuesto ellos a nosotros? Nos han impuesto una monarquía, una bandera, una lengua, el ejército, nos han negado los derechos humanos básicos..., ésa es la cruda realidad.

Aquí el nacionalismo obligatorio es el español, consagrado en su propia Constitución, que es una Constitución que nada más ni nada menos, en su artículo octavo asigna la defensa de la unidad de la patria al ejército es-

pañol, que no es precisamente un ejército modelo. Bueno pues, a ese ejército, que sostuvo a Franco, es al que se le cede democráticamente la facultad de intervenir en defensa de la unidad de la patria.

La lucha armada se da porque las poblaciones entienden que están siendo humilladas.

Lo escribió Felipe González.

ETA es una organización que nace en este país durante el franquismo, en 1958, y yo hago una constatación, independientemente de la calificación moral o política que cada cual quiera hacer de la lucha armada de ETA, lo cierto es que generación tras generación, ETA sigue siendo una organización integrada por nuevos jóvenes vascos. Luego, eso no se puede interpretar como un problema patológico, es decir, ¿qué es lo que lleva hoy a un joven vasco, o a un no tan joven vasco, a practicar la lucha armada en este país?

Y estamos hablando de un país como el nuestro, con una renta *per cápita* de aproximadamente 20.000–21.000 dólares, es decir, un país adelantado tecnológicamente, en el corazón de Europa. Entonces la pregunta que habría que hacerse es, ¿cómo es posible que con todos esos factores puestos encima de la mesa todavía hoy subsista una organización armada que practica la lucha armada en este país? Y eso es algo que a mí me lleva a una reflexión, que no es mía, sino de Felipe González en un artículo en el que decía que a veces los fenómenos de la lucha armada y la resistencia armada (yo creo que se refería al caso palestino), no se dan tanto por factores ideológicos, o por factores de clase sino porque la población entiende que está siendo humillada en su, digamos, ser más íntimo o en su propia dignidad. Y yo creo que hay un importante sector de la población vasca que se siente humillada por parte del Gobierno español y que eso lleva, entre otras cosas, a la subsistencia de la lucha armada.

Ése es el análisis que es necesario hacer. Yo siempre planteo la misma tesis y la misma reflexión cuando se

expone el tema de la violencia como un factor que desacredita la causa nacional vasca, o que incluso impide la colaboración entre partidos y gobiernos. Nosotros podemos estar de acuerdo en eso, pero fuera el problema va a seguir existiendo. Entonces la clave es: mientras haya centenares de personas en este país dispuestas a empuñar las armas, el debate político podrá ser más o menos interesante, pero ¿cómo resolvemos ese problema?

Hubo una ocasión, en 1998, en la que empezamos a acercarnos a la solución del problema y fue hablando, negociando, acordando y posibilitando una estrategia civil y democrática que le haría frente al Estado. Aquella experiencia fracasa en parte y lo que seguimos diciendo es: ¿por qué no nos empeñamos hoy también en buscar una solución? Vamos a volver a intentarlo, y a ser posible que sea otra la definitiva.

Aquella experiencia generó un caudal de ilusión muy importante en este país y también mucha frustración cuando se fue al traste. No sé si se puede reeditar hoy un Lizarra-Garazi, creo que en las condiciones actuales no es posible, porque hoy el PNV, el Partido Nacionalista Vasco, no está por una apuesta de ese tipo.

Pero yo sí estoy convencido de que en este país, en Euskal Herria, sólo hay una fuerza política popular, un sector democrático popular que puede volver a generar ilusión en la sociedad vasca y que puede coliderar, sobre todo con el movimiento sindical, un proceso de cambio político. Y creo que ésa es la tarea que nos corresponde hacer a nosotros y que no podemos eludir.

No reconocemos al Tribunal Supremo. Tienen la legalidad, pero no la legitimidad

Ahora vamos a estar ilegalizados, estamos suspendidos, nos han cerrado las sedes, han atacado nuestras manifestaciones violentamente. Pero nosotros siempre hemos sostenido una cosa que no es una nueva actitud de pose. Hemos dicho que nosotros no reconocemos al Tribunal Supremo. No le reconocemos legitimidad para dictaminar si nosotros somos legales o no en nuestro

país. Puede tener la legalidad suficiente para hacerlo pero legitimidad, ninguna.

Estamos absolutamente legitimados para seguir en el área política de este país, no porque lo digamos nosotros sino porque hay centenares de miles de ciudadanas y ciudadanos vascos que nos apoyan y nos han apoyado en las elecciones. Y eso no se puede borrar. Ilegalizados, encarcelados, perseguidos o no, en este país la Izquierda Abertzale, la izquierda independentista es necesaria para el cambio político, para una paz estable y duradera y para un marco social más justo. Y por eso vamos a seguir estando presentes. Si alguien pretende o piensa que encarcelando no sabemos a cuánta gente de la estructura política abertzale, van a desaparecer las ideas de izquierda, las ideas a favor de un cambio político y social en este país, se equivoca de plan. Vamos a estar ahí. Vamos a estar sobre todo en pueblos y barrios en los que nuestra estructura está absolutamente enraizada.

Nosotros nos definimos más como movimiento popular que como partido político, como unidad popular. Y hoy la unidad popular vasca está enraizada en el movimiento juvenil, en el movimiento feminista, en el movimiento campesino, en el movimiento obrero a través del movimiento sindical. Ésa es una realidad. Hoy es imposible incluso el debate político en este país, sin tener en cuenta las posiciones que plantea la Izquierda Abertzale, la izquierda independentista. Nosotros hemos conocido la clandestinidad absoluta en tiempos de Franco, es decir, hemos sabido trabajar en todos los órdenes. En este sentido, sí quiero hacer una mención especial a una cosa. Creo que hay un interés por parte del Gobierno español en que nos echemos al monte, en que nos radicalicemos en extremo y en que hagamos poco menos que llamamientos desesperados a la insurrección popular de nuestro país. No lo vamos a hacer. Estamos convencidos de que el partido que nos toca jugar no es éste. Es el de resistir al Estado, incluso desde la clandestinidad si fuese necesario; pero la labor fundamental que tenemos es la de hacer propuestas a este país, y creemos que

mantenemos todavía la capacidad de propuesta intacta y eso es lo más importante para nosotros.

No hay vínculos orgánicos entre ETA y Batasuna

No hay vínculos orgánicos entre ETA y Batasuna. En absoluto. Pero quiero recordar una cosa que a veces he dicho, incluso en la prensa española, y se escandalizan, y es que la fecha de nacimiento de la Izquierda Abertzale es la fecha de nacimiento de ETA en el franquismo. Es decir, ¿qué es la Izquierda Abertzale en el año 77-78? Pues el sector social, sociológico, que en este país alumbró un nuevo proyecto político. ¿Quién ha sido el motor de ese proyecto político? La lucha armada antifranquista que ha desarrollado ETA contra la dictadura. Y eso es así, y por lo tanto, tenemos la misma fecha de nacimiento. Y no lo podemos negar, es en esa circunstancia histórica cuando nace la izquierda independentista moderna en este país (salvo un breve episodio con una formación política como Acción Nacionalista Vasca en la República, que es una formación que curiosamente está hoy en la izquierda independentista).

Ahora, a partir de ahí ETA es ETA y Batasuna es Batasuna. Y eso es algo evidente. A nosotros nos dicen que hay muchos militantes de Batasuna que han estado en ETA. Sí, y también hay militantes del PNV que han estado en ETA y del PSOE un buen número también. Y volvemos a empezar. Nosotros lo que decimos es: no hay relación orgánica. Ahora, hacemos una lectura determinada de la lucha de ETA. Hay gente que no le gusta y hay gente que le gusta más. Nosotros tenemos una lectura propia. Y nadie nos puede pedir que renunciemos a nuestra posición.

Si alguien piensa que la Izquierda Abertzale tiene que hacer una especie de Pacto de Santoña, se equivoca porque no es nuestra responsabilidad política. Algunos dicen que ésa es una posición absolutamente radical, que no tiene nada que ver con lo que Gerry Adams expuso en Irlanda, y yo me río, porque Gerry Adams en el inicio del proceso dijo una cosa que me parece sustancial:

«si el ejército británico no ha podido con el ejército republicano irlandés, no me pidan a mí que lo haga». Porque ése es su problema, no el mío. Y entonces ¿quieren que yo juegue ese papel? No, no, yo no estoy dispuesto a jugar ese papel, yo estoy dispuesto a poner encima soluciones definitivas al problema. No me pidan ustedes que haga yo de quintacolumnista del Estado español. Porque ya sólo me faltaba eso. No lo voy a hacer, ni lo quiero hacer, ni lo deseo hacer, ni creo que me corresponda hacerlo.

... si el muro de las lamentaciones es necesario

A fin de cuentas, si yo mañana condeno las acciones armadas de ETA, ¿qué cambia en la estructura de este país? Porque si a mí me dicen que mañana si yo condeno a ETA se arreglan todos los problemas de este país, la condeno. Yo no tengo ningún problema. La condeno. Se acabó. Si una palabra de un portavoz de Batasuna resuelve los problemas de mi pueblo, nosotros condenamos 300 veces en el muro de lamentaciones si es necesario.

Pero el problema no es ése, existen 40 años de lucha armada, existen 25 años en un régimen supuestamente democrático. Toda la clase oficial, de todos los colores y de todas las ideologías, la española, la vasca, la catalana... llevan 40 años condenando y no resuelven el problema. Entonces nosotros planteamos ¿se trata de condenar o de resolver?

Hay que resolver el problema, y el problema es el conflicto de fondo. Y nosotros mantenemos en eso la misma posición, que por ejemplo, Gerry Adams y el Sinn Féin en Irlanda del Norte, o que Nelson Mandela en Sudáfrica. Pero lo que otros quieren es que yo condene para después decir que se ha acabado el conflicto. Es decir, “supuestamente” aislada la organización, supuestamente entre comillas, esto ya dejaría de ser un problema político para ser pueramente un problema policial. Y, por lo tanto, se acabaría este cuento de los vascos.

Como ya sabemos que ésa es la intención del Estado, lo que decimos es: aquí hay un problema político que hay que resolver. Porque yo tengo una solución que ellos no tienen y la pongo encima de la mesa y digo: si se resuelve el conflicto político, se pone en vías de solución o se habilitan medios democráticos para poder resolverlo, desaparece la lucha armada.

Si yo condeno la lucha armada probablemente ni desaparezca la lucha armada ni termine el conflicto político y, por lo tanto, entiendo me están pidiendo que haga, una jugada de ajedrez en la que hago un auto-jaque. Tenemos una propuesta que pondría en vías de solución el conflicto. ¿Cuáles son las propuestas de los demás para solucionar los problemas? No tienen ninguna. Porque quien plantea la condena en esos términos a mi entender, lo hace desde la clave intelectual de derrotar a un sector de la población. Y claro, cuando uno busca la derrota, lo que quiere es la confesión pública, decir «efectivamente ustedes tenían razón». Pero no. La razón está de nuestra parte.

En lugar de condenar vamos a habilitar una propuesta de solución al problema, y eso es algo que extendemos no sólo al Gobierno español sino también al Gobierno de Gasteiz: que nos ponga encima de la mesa una sola experiencia internacional de resolución de un conflicto político en términos de condena. No ha habido ninguno. Todos se han resuelto en parámetros democráticos y políticos. Mejor o peor.

Ibarretxe confunde Downing Street y Stormont

Somos críticos respecto al Plan Ibarretxe porque hay una cosa que es fundamental para nosotros: seguir insistiendo en la tesis de que en la legalidad española es posible hacer un marco de soberanía es hoy para nosotros mentirle a este pueblo. Todo el mundo es muy consciente de que eso no es posible.

A partir de ahí, lo que planteamos es, en primer lugar, que no es posible acceder a la soberanía desde la actual legalidad. En segundo lugar, es una propuesta que evita

la confrontación democrática con el Estado; y aquí no va a haber cambio político si no hay confrontación política con el Estado. En tercer lugar, vuelve a cometer el mismo error que en el año 77, que es presentarse como tres provincias, dejando fuera Navarra. No habla en nombre de un pueblo, habla en nombre de una comunidad autónoma y yo me niego a ser considerado ciudadano de una co-autonomía; me molesta profundamente. Yo soy ciudadano vasco en mi país. Yo no voy a Lisboa a decirle a usted de dónde es, yo soy vasco de Euskal Herria, no soy de una comunidad autónoma. Me niego a hablar de Gobierno central. Yo no tengo Gobierno central, ni soy periférico de nadie.

Unido a lo que puede ser algo que es comúnmente conocido en Europa, más o menos de cerca como es el caso irlandés, la propuesta confunde Downing Street y el proceso de Stormont, hace todo a la vez. Y nosotros lo que decimos es: cuando todos los vascos nos sentemos en una mesa se podrá poner el proyecto político del PNV a debate, pero no estamos en esa fase. Estamos en una etapa de que su proyecto político no puede realizarse. El nuestro tampoco. Por lo que habrá que abrir un marco democrático para que todos los proyectos sean posibles. Y entonces empezaremos a hablar de cuáles son los estatus competenciales que queremos para nuestro país, qué nivel de relación con Europa etc. Ésa es la gran trampa que nos hace Ibarretxe con su propuesta.

Otro Lizarra-Garazi

Creo que Ibarretxe se ha vuelto a contradecir. En su discurso de investidura y en el discurso que hizo sobre la paz, se manifestó claramente diciendo que hay que distinguir el problema político del problema de la violencia, que no había que cederle a ETA la agenda política. Ésta era su tesis. Ahora, sin embargo, dice que incluso para hacer el referéndum que él plantea en tres territorios sería necesario como condición indispensable que la lucha armada de ETA se paralizase. Eso es una grave contradicción.

Es decir, podríamos entender, yo puedo entender perfectamente, como legítima la posición de todos los sectores políticos del país, incluidos buena parte de los nuestros, que dicen que no es posible llegar a un acuerdo entre fuerzas políticas con la persistencia de lucha armada. A mí eso me parece legítimo. Incluso me puede parecer hasta razonable. Pero el problema que ponemos encima de la mesa es: ya hubo una tregua de dos años en este país y ya observamos qué actitud tuvo el Gobierno español, y qué actitud adoptaron los sectores unionistas en este país...

Ésa es nuestra gran frustración. Se nos dijo eso de que en democracia todas las opciones son posibles, pero vemos que tampoco es así. Y lo que planteamos es: ¿el PNV hoy tiene o no voluntad de llegar a un acuerdo con la izquierda nacionalista? Porque si hay voluntad de acuerdo todo se puede arreglar. Y lo que ponemos encima de la mesa es la experiencia del 98. En el 98 se pudo hacer, y ahora exactamente igual. Para eso ya hemos recorrido un buen trecho. Este pueblo, a mi forma de entender, está hoy esperando una propuesta de cambio que sea realizable en términos políticos y en términos democráticos.

La propuesta de Ibarretxe no ocupa ese hueco. Le corresponde a la izquierda independentista hacer esa propuesta. Con una salvedad. Yo ya no sé si eso se va a poder hacer desde un pacto, digamos, interclasista o si eso le va a corresponder hacerlo a un bloque social de progreso, sustentado sobre todo en la mayoría sindical. Ésa es la duda que yo tengo, pero en cualquier caso, no me cierro ni a una opción ni a otra.

«Lo que hay» es lo que hay que cambiar

Ibarretxe siempre nos plantea el tema de que «hay lo que hay». Pues claro, precisamente por eso tenemos un conflicto. Y «lo que hay» es lo que hay que cambiar. Para nosotros, eso es algo evidente. Hay una gran diferencia en torno al diagnóstico que hacemos de nuestro país.

Ellos hacen el diagnóstico en el sentido de que hay que mantener lo existente, que en este caso es un Parlamento de tres provincias con competencias limitadas. Y nosotros hacemos un análisis más global y decimos: lo que hay es un pueblo ocupado, un pueblo dividido y un pueblo negado que comprende siete territorios. Eso es lo que hay, y eso es lo que hay que resolver.

Esto no quiere decir que, teniendo en cuenta nuestro diagnóstico, este Parlamento de tres territorios no tenga nada qué hacer y que no pueda usar sus competencias para habilitar otro proyecto. No decimos eso. Nosotros vamos a lo sustancial. Y tenemos una fórmula que es muy sencilla: el Estado francés y español tienen suscrito en la ONU la declaración de los derechos humanos, la declaración de los derechos civiles, políticos y económicos y la declaración de derechos sociales, culturales. Eso es lo que se denomina en el debate político internacional, el bloque de los derechos humanos. Yo les estampo la firma a todos y cada uno de los derechos que están ahí, y lo que pido es que los respeten. De manera que no les pido que hagan lo que yo digo, sino lo que ellos han suscrito. Y al señor Ibarretxe, le digo exactamente lo mismo, que la solución es sencilla: todos los derechos para todos los vascos en todo nuestro país.

«Lo que hay» es una conculcación de derechos en todos los órdenes y en todo el país. La cuestión es sencilla: éste es un pueblo que existe ¿o no?; este pueblo es sujeto de derecho internacional ¿sí o no?

El PP y el PSOE recurren permanentemente al “discurso de los derechos humanos”. Si ponemos encima de la mesa la Carta de los Derechos Humanos de la ONU, lo cierto es que, les guste o no, el primero es el derecho de autodeterminación (y no especifica «para los pueblos colonizados»). Y, efectivamente, también aparece recogido el derecho a la vida. Nosotros no tenemos ningún inconveniente en firmar la Declaración. Ellos, sin embargo, dicen que no, que no firmarían un documento así, porque aparece el derecho de autodeterminación que es sólo para los problemas de colonización. Igualmente

relativizan el derecho a la vida, conculcándolo diariamente al pueblo iraquí (por no hablar de la negación de derechos de los palestinos de Gaza y Cisjordania).

Es decir, o hacemos un debate hipócrita o hacemos un debate efectivo. Y nosotros, lo repito, firmamos todos los derechos, en Naciones Unidas mañana. Y al Gobierno español y francés no les pido que lo firmen porque ya los tienen firmados. Les pido que respeten esto para mi país, que seamos civilizados y europeos. Y me dicen que no.

No comparto ninguna socialización del sufrimiento, pero sí del bienestar

Hubo un interés por parte del Estado y del PNV en hacer una determinada lectura de una ponencia que se debatió en Herri Batasuna que podía suscitar la impresión de querer decir que esto sólo se arregla si sufre todo el mundo. Nosotros nunca vamos a estar por la socialización del sufrimiento. Nos parece un error político y no pensamos que nadie haya pensado en esos términos nunca en la Izquierda Abertzale, ni haya formulado una estrategia fría y calculada al respecto.

Yo no comparto para nada una estrategia de socialización del sufrimiento y lo he dicho públicamente siempre. Me parece un error político absoluto. Creo que está incluso en la prepolítica. Es decir, no aspiro a que mi país sufra más, yo aspiro a que mi país viva cada vez mejor. Me parece que una oferta política sustentada sobre el sufrimiento de la gente, a mi entender es una oferta fascista. Nosotros lo que queremos es socializar los derechos de la gente, que se socialicen no para los vascos sino para el conjunto del planeta. No, mire usted, que nosotros no estamos en eso. Y esto también lo suscribo en el terreno absolutamente personal. Es decir, yo soy un hombre que representa unas ideas de izquierdas y de progreso, y si pensara que mi proyecto político consiste en ofertar a la gente más sufrimiento me iría a casa y me dedicaría a otra cosa; me parece algo incluso irra-

cional no sólo en el terreno de la política sino en el terreno de la ética y en el terreno humano.

Es España y no ETA el obstáculo a la independencia

Decir hoy que los vascos no accedemos a la independencia porque existe ETA, me parece una sandez en el terreno de la política. Los vascos hoy no accedemos a la independencia porque no podemos decidir ser independientes, y porque, entre otras cosas, el Estado no va a permitir que decidamos si queremos ser o no independientes, ésa es la realidad. Los vascos no podemos acceder a un marco de soberanía porque el Gobierno español y francés nos lo impiden.

Decir que la lucha armada no favorece una estrategia de acumulación de fuerzas, de convencimiento, es otra cuestión. Pero decir hoy que el obstáculo es ETA creo que es negar la pura realidad, es la eterna excusa utilizada por parte de sectores del Partido Nacionalista Vasco. Cuando no hay argumentos sólidos que dar en la política hacen aparecer a ETA... Y nosotros estamos un poco cansados de ese tema. Porque mire usted, yo no practico la lucha armada, y yo estoy dispuesto a hacer mañana mismo un debate sobre la violencia. No aquí sino en cualquier lugar del planeta. Pero hacerlo a calzón quitado, con cámaras de televisión delante, con absoluta inmunidad.

A mí no me gusta para nada la violencia, ni la lucha armada. Creo que los pueblos no están destinados a la resistencia armada, están destinados a vivir en una sociedad justa. Ahora bien, por poner un último ejemplo, cuando uno oye en la CNN americana que lo primero que lanzan sobre Iraq son 3.000 bombas inteligentes, uno se pregunta pero ¿de qué estamos hablando? Ahora se hacen bombardeos "humanitarios" y a uno no le queda otra que decir: «¡Ustedes han asesinado un millón de niños iraquíes en los últimos diez años! No me vengan hablando del derecho a la vida porque yo no se lo tolero. Para ustedes, el derecho a la vida está muy por debajo del derecho al petróleo».

En ese contexto a nosotros se nos hace siempre, permanentemente, culpables de una violencia que tiene una expresión muy local, cuando lo que nosotros defendemos y manifestamos es una disposición inmediata a aportar soluciones y a debatirlas.

También podemos hablar del debate moral y ético. Yo estudié Filosofía en mis tiempos jóvenes y no tengo ningún inconveniente en hablar sobre criterios éticos y morales. Y además creo que nunca me he autodisciplinado ni me he autocensurado a la hora de decir que una cosa no me gusta o que otra me gusta más. Yo no tengo problemas para eso, ahora si hacemos un debate serio, no me venga usted al tema recurrente de que la lucha armada... mire, yo no practico la lucha armada, conmigo no hable de eso, hable usted con ETA. Si quiere mi valoración, se la voy a dar. Puede que a usted no le guste, pero es la mía. A mí la que no me gusta es la suya. Y qué le vamos a hacer. Sobre eso no nos podemos poner de acuerdo. Ahora bien, sobre soluciones y futuro, es absolutamente necesario y nosotros estamos completamente abiertos

El PNV y la izquierda vasca

Otra cosa que a nosotros siempre nos echan en cara es el “avance” que ha vivido el país. Eso es evidente y además ése es un debate que me suscita un cierto interés, porque a mí, desde un punto de vista de izquierda siempre me resulta chocante que alguien que está en la gestión de lo público se vanaglorie de hacer carreteras, etc. Sólo faltaba que, además, no las hiciera. Yo nunca he oído a un cirujano alardear de hacer cien operaciones al año.

Otra cosa es decir si eso se puede hacer mejor o peor, si se puede hacer con más o menos transparencia, o más o menos corrupción. De acuerdo, han hecho hospitales, carreteras. Efectivamente lo han hecho con nuestro dinero. Nosotros no nos hemos opuesto a la construcción de hospitales, escuelas, ni a la articulación de las, digamos, ayudas sociales. Nosotros estamos de

acuerdo con eso y no negamos que se han producido avances, ahora bien, no los suficientes.

Hoy el Partido Nacionalista Vasco, que es un partido que proviene de la democracia cristiana, tiene una política social “avanzada” en este país, es decir, bastante más próximo a la socialdemocracia que a otra cosa, y eso es algo que ellos reivindican permanentemente. Esto se da, entre otras cosas, porque hay una izquierda nacionalista lo suficientemente potente en este país como para que algunos tengan que hacer socialdemocracia y no neoliberalismo puro y duro; y ésa es la parte del cuento que se nos olvida contar.

Hacen una política social más avanzada que la del resto de la derecha europea. De acuerdo, pero porque tienen una izquierda aquí que incluso en algunas elecciones les ha llegado a disputar el terreno electoral, y evidentemente eso les empuja a moverse no sólo en el terreno nacional sino también en el terreno social. Nuestra aportación será más modesta o menos modesta pero lo cierto es que aquí no pueden hacer política neoliberal porque tendrían a la mayoría sindical y a la izquierda nacional en contra.

Lucha armada y configuración social vasca

Hay que tener en cuenta una cosa, y es que ETA nace en el año 1958. Es decir, ETA nace en un contexto muy concreto, en el seno de una sociedad absolutamente humillada, reprimida, en una sociedad que tiene un sentimiento de derrota histórica total, que no le ve futuro ni a su lengua nacional, ni a su pueblo. Una sociedad que había confiado en el Gobierno Vasco de la República y en el Gobierno del exilio, y que finalmente no aportaron ninguna solución.

El nacimiento de ETA es un revulsivo a todos los niveles, eso es algo que nadie puede negar, y curiosamente se da al mismo tiempo en el que despuntó en diferentes partes del mundo un renacimiento cultural, de las lenguas y de las ideas de izquierda. Todo eso se dio simultáneamente y permitió configurar una sociedad viva, una

sociedad que, curiosamente, tiene un altísimo nivel de vida pero que, al mismo tiempo, en las encuestas se reivindica la izquierda.

La nuestra es una sociedad llena de contradicciones, somos un pueblo muy contradictorio; un pueblo en el que todo lo anterior ha contribuido a elevar la cultura política, la cultura nacional, y ciertos valores que siempre ha defendido la izquierda. Es un pueblo absolutamente solidario, pero no porque la izquierda haga llamamientos a esto sino porque forma parte intrínseca de nuestra cultura. Por ejemplo, dentro del Estado español el mayor índice de lectura se da en nuestro país, el mayor índice de acceso a Internet se da en nuestro país (creo que como en Cataluña). Curiosamente, los vascos somos, en proporción, los mayores donantes de órganos de Europa, en un pueblo que, además, es definido como altamente religioso.

El movimiento asociativo es de los más potentes que hay en toda Europa, y esto tiene que ver con una sociedad que se niega a ser “europea normalizada”, que todavía tiene impulso vital y creo que en eso tanto el factor de la resistencia armada del franquismo como el hecho de que hay una izquierda nacional bien organizada con un peso electoral evidente es fundamental. Creo que ésta es una sociedad que, a diferencia de muchas sociedades europeas, no ha perdido la esperanza de construir un mundo mejor.

Independencia: ¡Entre España y océano, océano!

En una sociedad absolutamente normalizada, la gente haría una apuesta clara por ser un Estado dentro de Europa. Además, estoy convencido de que con el tiempo ésa va a ser la decisión. Porque nosotros en el sur del país ya hemos conocido todos los regímenes de España: hemos conocido dictaduras, dictablandas, república, monarquía, hemos conocido la derecha, hemos conocido la izquierda y ¿a qué conclusión estamos llegando? Que para nosotros es un mal negocio ser españoles. No sacamos nada en claro ni sacamos nada de beneficio.

Esa es mi impresión y la que siempre expongo aquí en los debates con sectores del Partido Socialista.

Estoy convencido de que la gente no va a votar independencia sí o independencia no, sólo por factores culturales, de bandera. Va a votar fundamentalmente pensando en una cosa, si va a vivir mejor o no siendo independiente. Y como yo estoy convencido que una independencia en el contexto europeo es la que me va a permitir vivir mejor, la gente va a votar por eso. Ése es un argumento que molesta mucho a los españolistas pero ¿por qué la gente quiere ser británica y no española en Gibraltar? ¿Porque le gusta más la bandera británica que la española? Pues no, porque entienden que se vive mejor siendo británico, y eso es algo bastante sencillo de entender.

Hoy aquí ocurre que estamos atravesados por un conflicto sangriento, por un conflicto armado, etc. Y tampoco ése es un debate que se hace con naturalidad; pero en una situación en la que los vascos podamos decidir y que en un cierto tiempo se normalice la vida social y política ¿qué va a decidir la gente? ¿Yo con quién vivo mejor, con España o siendo independiente? Siendo independientes, la gente votará independencia. Y nosotros, además, a todos esos ingredientes, añadimos otros: ¿Usted por qué quiere separarse de España? Porque esto es un divorcio y además alego malos tratos. Quiero el divorcio y hago como, creo que es un refrán portugués, «entre España y océano, océano». No tengo ninguna duda.

La izquierda española siempre entiende los procesos a 1.500 kilómetros de aquí

En el año 1977 se celebró un Aberri Eguna que es el día de la patria vasca, el día de la nación vasca, en el que el Partido Socialista sostuvo con nosotros una pancarta que ponía «Estatuto de autonomía, derecho de autodeterminación». ¿Qué pasó con la izquierda española? A la muerte de Franco y cuando se inicia la transición, la izquierda española es el Partido Comunista. El Partido Co-

munista, que contaba entonces con decenas de miles de militantes, fue quien sostuvo en el Estado la lucha antifranquista con otros grupos de la extrema izquierda. El Partido Socialista era inexistente prácticamente pero es al Partido Socialista a quien le toca gestionar la izquierda en las primeras elecciones. Y el Partido Socialista se entrega desde el primer momento. El Partido Socialista acepta la monarquía, acepta la transición, acepta la bandera, (también con el Partido Comunista... y de esos polvos estos lodos). Actualmente la izquierda española en lo fundamental es tan española como la derecha, ésta es la desgracia que tenemos, (incluido el Partido Comunista).

Y resulta curioso observar que es algo que nosotros solemos citar en los debates: la izquierda española, como buena parte de la izquierda europea, siempre entiende todos los procesos que se dan aproximadamente a 1.500 kilómetros de su país. Es decir, les parece bien el proceso saharauí, les parecen magníficas las FARC en Colombia, les parece entendible el proceso irlandés, pero cuando se trata de las fronteras internas, entonces las cosas cambian. Y ésta es la gran debilidad ideológica de la izquierda española.

Nosotros lo hemos planteado en ocasiones y lo planteamos durante la tregua al Partido Socialista. Yo les propongo un terreno de juego en el que la izquierda esté cómoda. Voy a intentar demostrar a mis compatriotas y a mis conciudadanos que la mejor opción es la independencia, usted trate de convencerles de que la mejor opción es seguir siendo españoles y el que gane, campeón.

¿Y cuál es la aspiración que tiene que tener la izquierda española? Pues convencer a la gente de Catalunya o de Euskal Herria de que su opción es la mejor, pero ésta es una labor de seducción. No de imposición.

Yo estoy dispuesto a jugar esa partida, ¿ustedes están dispuestos a jugarla? Nosotros aceptaremos los resultados. Ahora bien, decido yo, decide este pueblo. Y resulta curioso porque siempre dicen que la opción independentista es muy minoritaria en este país. Mejor

para ustedes. Pero además yo pienso que hay algo que es casi intelectual, a nosotros a veces nos dicen que los quebequeses han perdido. No, los quebequeses han ganado porque la capacidad de decisión reside en el pueblo de Québec y eso es lo que nosotros queremos ganar. Que en la primera votación no sale la independencia, tranquilidad, ya votaremos otra vez. Y ya llegaremos a un acuerdo sobre en cuánto tiempo se puede votar para no crear inestabilidad institucional, de acuerdo, estamos dispuestos a negociar todo eso. Y ésta es la propuesta que les hacemos mientras la izquierda española hoy está atada de pies y manos al Partido Popular, con una Izquierda Unida que se intenta distanciar del PP pero al que las encuestas le auguran resultados catastróficos, y con un Partido Socialista que está absolutamente atado a los intereses de Estado y a la razón de Estado.

Ésa es la izquierda española. Salvo honorísimas excepciones en la extrema izquierda, o en sectores intelectuales que por lo menos tienen valor de enfrentarse al Partido Popular.

Sólo cinco minutos

Yo estoy convencido de este país será independiente. Ahora bien, habrá que hacer un proceso de negociación. Y ¿cómo queda esto, cómo quedan las infraestructuras y los intereses de España? Yo discuto lo que ustedes quieran, pero el problema está en estos momentos en que usted dice que yo no puedo decidir.

Entendiendo además, que ésa es otra cuestión que siempre solemos matizar, que nosotros no queremos la independencia para poner fronteras en el país y aislarlos de nadie. Hay veces que en el debate de la cuestión europea nos ponen encima de la mesa la reflexión de ¿para qué la independencia ahora que están cayendo las fronteras? Y nosotros siempre responderemos como un militante de Nueva Caledonia respondió al primer ministro francés, en un debate televisivo: «no, no, nosotros queremos tener cinco minutos de independencia»

para definir el grado de dependencia que queremos tener con el resto. ¡Sólo cinco minutos!».

Y a partir de esos cinco minutos decidiremos cómo nos queremos relacionar con todo el mundo. Y no es precisamente el pueblo vasco un pueblo que va a establecer su relación con el resto de pueblos desde la imposición, sino desde el enriquecimiento y desde el absoluto mestizaje cultural. Porque a nosotros nos hace gracia esto del mestizaje, el mestizaje se da voluntariamente, porque si no es voluntario, es otra cosa. Nosotros no tenemos ningún problema con el mestizaje para enriquecer nuestra cultura. A nosotros nos encantan los fados y el flamenco español, eso no tiene nada que ver; a los japoneses también les gusta el flamenco y no son españoles.

ETA y los resultados de un referéndum

Hay quienes dicen que de no salir la independencia en un referéndum, ETA no respetaría a los resultados. Eso es una mentira que quienes la utilizan la plantean como arma arrojadiza. Es muy fácil contestar: ¿qué sentido tiene que una organización armada retome las armas cuando su pueblo ha decidido en sentido contrario a lo que ella piensa? Es decir, nacería ya con la firme oposición de absolutamente todo su pueblo, incluidos nosotros.

Pienso que eso es algo que no sé si lo he dicho alguna vez pero si no lo he dicho, lo digo ahora: si aquí un día los vascos tenemos capacidad de decidir y esa decisión, sea cual sea, es respetada por los dos Estados, y hay alguien que retorna a la lucha armada para imponer otra posición, nosotros seremos los primeros que nos pongamos de frente. Pero eso es algo que no se nos pasa ni por la cabeza porque eso ya sería intentar imponer a tu pueblo una determinada salida y en eso nosotros seríamos los más beligerantes.

Estoy convencido de que eso no va a pasar, absolutamente convencido. Nunca se pueden decir esas cosas, pero vamos, yo creo que pensar en ese escenario es

como pensar que, bueno, que por ahí hay una cuadrilla de locos que están dispuestos a la lucha militar, independientemente de cuál sea la posición de su pueblo. Es decir, ETA no nació para imponer a su pueblo nada de nada, nació para librarle de determinadas ataduras. Y nosotros en esa situación, lo vuelvo a recalcar, seríamos los primeros que nos opondríamos. Nosotros estaríamos enfrente de esa ETA.

ETA

(Entrevista en territorio indeterminado, con dos representantes no identificables septiembre/octubre de 2003).

La entrevista se grabó en el momento político que sucedió a la presentación por el lehendakari de su plan de asociación voluntaria con España y para la convivencia a los diputados autonómicos en Gasteiz. ETA reitera al respecto las críticas de base que en su día había planteado oficialmente. Entre otras, la cuestión central que queda por responder: el Plan Ibarretxe que prevé la asociación voluntaria con España, omite el problema mayor: ¿qué sucedería si los vascos optaran por la disociación voluntaria?

Ibarretxe en la Cámara de Gasteiz. El debate de 26 septiembre de 2003

Estamos asistiendo a un momento político muy importante para nuestro Pueblo. Estamos asistiendo a la defunción del Estatuto de la Moncloa. Éste es el momento de entrar con valentía a la resolución del conflicto y a la recuperación de los derechos de Euskal Herria.

Lamentablemente, Ibarretxe no está demostrando la talla de estadista que la situación requiere. Éste es el momento de consolidar los cimientos de la Euskal Herria del mañana. Ha llegado el momento de asentar un proceso de autodeterminación que a su vez sea capaz de resolver todos los puntos del conflicto sin dejar para otras generaciones semillas de nuevos conflictos o heridas mal cerradas.

El llamado Plan Ibarretxe, que ahora se presenta como una reforma estatutaria, ahonda en una senda ya

recorrida y sin salida, que plantea repetir un ciclo de guerra y dependencia mediante un plan parcial, excluyente y cerrado desde su concepción.

El proceso político abierto en el 98 sigue vivo. Aquel año las coordenadas políticas cambiaron radicalmente, y todos los cambios, propuestas y avances que se están dando, incluso la contraofensiva fascista del Estado español, hay que interpretarlos a partir de ese punto de inflexión. Desde ese punto de vista podemos decir que el Plan Ibarretxe, entre otras cosas, es en sí mismo la contrapropuesta a la proposición que ETA hizo al PNV y EA en el verano de 1999.

Para que haya avance tanto en el proceso de construcción nacional como en el de resolución del conflicto, toda propuesta que pretenda ser positiva en la actual situación política ha de ser abierta e incluyente. La clave para superar el conflicto está en el respeto de los derechos de Euskal Herria, en toda Euskal Herria.

Nacionalismo vasco, *impasses* y propuestas realistas e irrealistas

A nuestro entender hoy en día, pudiendo abordar la resolución del conflicto en términos democráticos y de justicia, dejar a sabiendas el conflicto abierto a las generaciones venideras es sumamente grave. Ese tipo de realismo político es típico de los gestores de derechas que con las “soluciones” para hoy preparan los conflictos del mañana.

Como en cualquier lugar del mundo, en Euskal Herria se saldrá del *impasse* hablando, dialogando y acordando. La mano de ETA está cerrada en un puño para luchar contra los que oprimen a este pueblo, pero sigue tendida para el diálogo y el acuerdo.

Rumores de contactos ETA-PNV en el Plan Ibarretxe

Tenemos que desmentir con rotundidad esos rumores. Los cauces de contacto existentes entre ETA y el PNV no han sido utilizados en los últimos tiempos. Los intentos de establecer contacto no han cuajado.

Es cierto que Ibarretxe ha incluido en su plan-contrapropuesta idearios que la Izquierda Abertzale siempre ha reivindicado. Pero que no son patrimonio de la Izquierda Abertzale, sino claves para la superación del conflicto: considerar a Euskal Herria en su totalidad y la asunción del derecho de autodeterminación ejercitado en una consulta popular. El Plan Ibarretxe integra muchos de los ingredientes de la solución al conflicto pero no acierta en la ecuación correcta. Y es porque le falta la voluntad y la determinación de hacerlo.

Consulta popular, ausencia de violencia y tregua de ETA

Ausencia de violencia es un estado que añoramos especialmente los luchadores vascos. Ausencia de violencia sería poder vivir en libertad en nuestro propio Pueblo, siendo nosotros mismos sin estar obligados a empuñar las armas para defender nuestros derechos.

El objetivo de nuestra lucha es que el Pueblo vasco pueda expresarse libremente... y que lo que decida sea respetado por los Estados francés, español y la comunidad internacional en su conjunto. Para un proceso de ese tipo Euskadi Ta Askatasuna manifiesta que tiene una disposición de diálogo y voluntad de acuerdo total.

Una tregua unilateral de ETA no sería ausencia de violencia. Eso ya ha sucedido otras veces y la violencia de los Estados ha continuado. El PNV dice que es la violencia de ETA la que impide al Pueblo vasco expresarse libre y democráticamente, cuando es todo lo contrario: es porque los Estados cercenan violentamente todos los derechos de nuestro Pueblo que ETA utiliza la lucha armada.

Caracterización del conflicto y reivindicaciones de ETA

Es un conflicto en el que hay una conculcación de derechos de un Pueblo, en este caso Euskal Herria, por parte de dos Estados, el español y el francés. Y esa conculcación de derechos, esa opresión, trae una expresión máxima del conflicto en modo de respuesta armada por parte de una organización, en este caso Euskadi Ta Askatasuna, que se enfrenta a ambos Estados.

Somos una organización socialista revolucionaria que lucha para conseguir ejercitar el derecho de autodeterminación en nuestro Pueblo. Tenemos como objetivo último la consecución de un Estado independiente y socialista para Euskal Herria.

Ideología, vía armada y situación democrática

Los Estados español y francés utilizan la violencia para impedir que el Pueblo vasco decida libremente lo que quiere ser y llevarlo a la práctica. Los vascos no podemos ser libres en nuestra tierra. Hablamos de un pueblo que está oprimido militarmente por las armas, económicamente, culturalmente, etc., por los Estados francés y español. Para sus respectivos ciudadanos podrán ser Estados democráticos y europeos, pero para Euskal Herria, con la persistencia de torturas, detenciones, ejecuciones que duran siglos y siglos no son Estados democráticos.

¿Es que un Estado que no reconoce el derecho de autodeterminación a otro pueblo, que lo mantiene bajo su jurisdicción, bajo su opresión de una forma antidemocrática, se puede considerar un Estado democrático? ¿Hay cosa más simple para resolver el conflicto, si verdaderamente España y Francia fuesen Estados democráticos, que reconocer el derecho de autodeterminación a Euskal Herria?

ETA surgió para luchar por la liberación de Euskal Herria. Nuestro pueblo, tanto en la dictadura franquista, como en la llamada transición española, como ahora con el neofranquismo del PP sigue sojuzgado. Nuestra petición es sencilla: que le dejen hablar a Euskal Herria en libertad y que se comprometan a respetar su decisión. Ahí finalizará la defensa armada que inició ETA bajo la dictadura de Franco.

Ética y vía armada

Tenemos que reconocer que la lucha armada no es una opción fácil para los que, dentro de corrientes ideológicas de izquierdas, buscamos y creemos en la trans-

formación y la liberación del ser humano. Es un tema de debate, contraste y evaluación continuo entre los militantes de nuestra organización y como quedó patente en el proceso asambleario del año pasado. Sin embargo, la acción armada es el instrumento más eficaz que tenemos para luchar por los derechos de nuestro Pueblo. La historia así nos lo ha demostrado. Políticamente nos sentimos obligados a utilizar la lucha armada en esta coyuntura histórica en la que nuestras acciones van directamente contra aquellos que mantienen la opresión de nuestro pueblo.

Víctimas civiles, políticos y vía armada

Junto con las fuerzas policiales y militares hay fuerzas del Estado que escudándose en profesiones civiles dirigen, alientan y justifican la opresión de nuestro Pueblo. Por lo tanto, son igualmente responsables del enfrentamiento armado existente. La impunidad de los ataques contra Euskal Herria, contra su lengua, contra su cultura y sus habitantes se ha acabado.

ETA nunca atentará contra personas que intenten construir puentes de diálogo en aras a resolver el conflicto. La acción contra Ernest Lluch, como ya lo manifestamos en su día, fue una acción contra un ex ministro de la corona española, responsable directo de la opresión de Euskal Herria.

Tregua y manos en el bolsillo

Para utilizar una imagen que pueda expresar lo mejor posible lo que pasó con la tregua: a partir del cuarto mes de tregua, las manos que sostenían simbólicamente la piedra de la tregua se fueron retirando hasta dejar todo el peso del proceso y del mantenimiento de la tregua en manos de ETA. Para cuando ETA decretó el final de la tregua, los coparticipes de esa iniciativa ya se habían alejado para dedicarse a sus quehaceres habituales: al poltronismo político, a sus intereses partidistas y a llenarse los bolsillos.

En ese periodo, se realizó una reunión a petición del Gobierno español, al que acudieron representantes de la Organización y contó con una intermediación, se podría decir, neutral. ETA planteó, por una parte, respeto para el proceso en curso, un proceso activado por medio de la iniciativa del 98, la tregua y el Acuerdo de Lizarragarazi. ETA manifestó claramente que no era sujeto negociador con el Gobierno español y planteó también la necesidad de la apertura de un canal de comunicación permanente, a salvo de coyunturas. A partir de ahí, la segunda reunión no llegó a realizarse nunca porque los servicios del Ministerio de Interior español filtraron la identidad del mediador, lo que dio al traste con un proceso frágil.

Los representantes españoles no llevaron ningún planteamiento concreto, no estaban habilitados para ello, no trajeron ningún tipo de propuesta. En ese momento el Estado español acudió, a nuestro entender, a realizar una toma de temperatura muy obligada por la coyuntura y las circunstancias políticas que se vivían en Euskal Herria. El Gobierno de Aznar estuvo obligado a realizar ese paripé para justificar de alguna manera una cierta voluntad de negociación que, a la hora de la verdad, no se concretaba en nada. Acudieron con las manos en los bolsillos.

Intermediación internacional

La solución del problema no está en manos de una sola persona, ni de una sola institución o de una sola organización. La solución debe venir de un proceso incluyente en el que todas las partes y actores del conflicto tomen parte.

El conflicto se arreglará gracias a la lucha de la Izquierda Abertzale y al esfuerzo de reconstrucción nacional de miles y miles de ciudadanos. Se arreglará por medio del diálogo. Se arreglará en una mesa de negociación, donde los Estados español y francés acepten respetar los derechos del Pueblo vasco. Se arreglará con la intermediación de organismos y personalidades in-

ternacionales. Se arreglará cuando se respeten los derechos del Pueblo vasco.

La única organización armada en acción en Europa occidental

El ser una organización política que practica la lucha armada en Europa no nos parece que sea un dato relevante en sí mismo. Lo relevante es que Estados que se dicen democráticos, que envían soldados a los cuatro puntos cardinales, que tienen armas nucleares, que fueron imperio sigan teniéndole tanto miedo a un pueblo de apenas tres millones de habitantes que lo único que reclama es poder vivir y desarrollarse en dignidad y en solidaridad con los demás pueblos del planeta.

Los militantes vascos que estamos inmersos en este proceso de liberación somos abertzales de izquierdas, es decir, amantes de nuestra cultura, idiosincrasia, ... Como parte de la Madre Tierra (*Ama Lurra*) a la que pertenecemos, luchamos en su defensa y por una sociedad sin opresión en el ámbito en el que vivimos, Euskal Herria. En ese sentido, podemos decir que ésta es nuestra aportación al proceso antiglobalización, llevando a la práctica el lema «Pensar globalmente, actuar localmente».

Somos conscientes de que la lucha del Pueblo vasco es un ejemplo y es esperanza para miles y miles de personas que luchan en todo el mundo. Aprovechamos esta ocasión para transmitirles a los luchadores por la dignidad humana que hay en el mundo, que a su vez ellos también son ejemplo y esperanza para nosotros.

FÉLIX PLACER

(Gasteiz septiembre, 2003)

Sacerdote, miembro de la Coordinadora de Sacerdotes Vascos. Profesor de Teología, miembro de la Coordinadora de Sacerdotes Vascos y del grupo Herri Eliza 2000. Sus palabras nos conducen con la sofisticación del raciocinio cultivado hacia el lado humano del conflicto. Sin asombro ni medias palabras, escuchar los análisis de

este sector de la importantísima Iglesia vasca nos devuelve a otros modelos donde la Iglesia ha sido una institución profundamente popular y progresista. Para un ciudadano de Europa occidental, hoy día, el hecho de que del interior de la Iglesia emerjan voces de esta talla y forma nos dice mucho más sobre la sociedad a la que pertenecen estos sacerdotes que los mil discursos que puedan enunciarse sobre ella.

Que aquí se vive un conflicto no se puede negar. Mediáticamente aparece continuamente que en Euskal Herria hay diferentes situaciones conflictivas, algunas violentas, que son síntomas de que aquí pasa algo. La respuesta a la pregunta de ¿en qué consiste el conflicto?, yo diría que, simplificando un poco las cosas o llevándolas a su última raíz, en definitiva podríamos definirlo como el cuestionamiento de la existencia real de un pueblo. Pienso que el conflicto se sitúa en ese parámetro fundamental. De aquí luego se pueden derivar diferentes dimensiones del conflicto, a niveles culturales, políticos, etc. Creo que lo que está en el fondo es el ser de Euskal Herria ante los diferentes Estados entre los que estamos divididos, sea Francia, sea España. Yo caracterizaría sencillamente el conflicto en esa expresión.

La existencia del derecho a existir

El conflicto es el de la existencia del derecho a existir de un pueblo, de sus derechos colectivos y, por supuesto, de sus derechos también individuales, de los diferentes derechos que luego tienen diferentes caracterizaciones. Depende del punto de vista en que se analice el conflicto. Unos lo analizarán, por poner ejemplos muy concretos, bajo el punto de vista exclusivamente terrorista, porque hay un grupo armado que está actuando de esta manera. Para ellos bastará con que esto desaparezca para que el conflicto quedara resuelto. Es una visión típica que suele ser, a veces, la que más abunda en determinados medios. Hay otros que dicen: el conflicto es fundamentalmente de tipo cultural, es un pueblo que tiene su lengua, tiene sus costumbres, tiene su estructura, sus tradiciones, tiene su propia identidad

cultural y por tanto es un pueblo que tiene derecho a manifestarse en la amplitud de lo que representa su cultura. Otros dirán que el conflicto es básicamente político, en el sentido de que no se reconoce a este pueblo su derecho a ser lo que desea ser.

Todos pueden tener una parte de razón. Difícilmente se puede caracterizar el conflicto fijándonos en uno solo de los aspectos que he indicado. Son conceptos y circunstancias que se interconexionan y que son interdependientes.

Nacionalistas y no-nacionalistas son ya una expresión del conflicto. Los que conciben a Euskal Herria como un pueblo, como una nación que por tanto tiene derecho a decidir lo que quiere ser, tendrían una posición específicamente, y muy simplificada, nacionalista. Mientras que no-nacionalista es ya un término negativo. El no-nacionalismo del PP y el no-nacionalismo de Izquierda Unida son diferentes. Son diferentes formas de entenderlo. El conflicto depende de a quién se tenga enfrente. Evidentemente, si es la ideología del PP, el conflicto es frontal. Depende de cómo se sitúen las diferentes partes y en ese sentido no se puede simplificar en esa dicotomía: el nacionalismo y el no-nacionalismo. Con unos resulta más fácil el entendimiento (en estos días se va ver, a raíz del Plan Ibarretxe). Y con otros, en cambio, hay un enfrentamiento completo. No hay nada que hacer y de nada se puede hablar.

Justo mañana será el día en que conozcamos los términos exactos en que el plan queda propuesto. Se ha dicho mucho sobre el Plan Ibarretxe, se está hablando continuamente de él. Creo que es un paso más. Y un paso que yo lo vería fundamentalmente positivo. Como gobernante, como lehendakari, él tiene derecho de hacerlo y obligación de presentar su propuesta. En este sentido pienso que puede ser importante. No solamente significativo sino importante para avanzar en dirección de lo que comentábamos antes mientras no se cierre dentro de un marco ya previamente establecido. En ese aspecto, quizá el proyecto Ibarretxe sea constitu-

cional, pero también cabe la posibilidad de superar la Constitución. Esto no lo digo yo solamente, lo dice mucha gente: ninguna Constitución es eterna; todo entendido en función de lo fundamental, porque no importan las constituciones ni los estatutos, lo importante es el pueblo, lo que importa es la vida, lo que importa es la convivencia. Se le llama además un Pacto para la Convivencia y lo que importa es la paz, que procede del respecto con la justicia, con las personas, con los pueblos y con todos que de alguna forma vivimos y convivimos aquí, seamos de un lugar o seamos de otro. Y esto hay que subrayar, en Euskal Herria, nuestra capacidad de acogida, hay que subrayarlo, que aquí a nadie se le quiere echar, todo lo contrario. Tampoco queremos ser un modelo para nadie, pero sí hacemos un esfuerzo serio y honesto por ser profundamente acogedores con todas las personas que aquí están, en la medida en que todos mutuamente nos respetemos.

La Iglesia vasca y la Iglesia española

Aquí entramos en un terreno muy amplio. Yo estoy dentro de la Iglesia vasca, soy sacerdote, trabajo dentro de ella, doy clases, soy profesor de Teología, y encontramos que hay diferentes tipos de posiciones dentro de la Iglesia vasca. Cuando hablamos de la Iglesia vasca no hablamos de algo común y único, con un solo posicionamiento sino que hablamos también de diferentes posiciones. Ciertamente hay algunas dominantes. Las que más aparecen son las de la jerarquía eclesiástica vasca. Incluso, de la jerarquía, la que más ha aparecido ha sido la de José María Setién, obispo ya jubilado de la diócesis de San Sebastián. Habría que diferenciar. Yo pienso que hay un abanico amplio. Existen desde planteamientos más bien de derechas hasta posiciones más cercanas a la izquierda (para entendernos), que de alguna manera se sitúa en posiciones mucho más afines a lo que puede ser un poco la defensa de la libertad del pueblo vasco. La jerarquía la constituyen los obispos del País Vasco que han adoptado siempre una posición, yo pienso, de profunda respecto a la realidad vasca, enten-

dida además en cuanto que la Iglesia vasca está dividida territorialmente. Porque claro, cuando hablamos de País Vasco, hablamos de la Comunidad Autónoma, hablamos de Navarra y hablamos también de la parte que está en el Estado francés, que aquí llamamos Iparralde, Norte de Euskal Herria. Entonces, si hablamos de los obispos de la Comunidad Autónoma Vasca éstos han adoptado siempre un comportamiento más cercano al diálogo, a la negociación, al análisis del conflicto en los parámetros en los que está hoy día situado. Mientras que, por ejemplo, el arzobispo de Navarra, de Pamplona, Fernando Sebastián se sitúa en términos mucho más distantes respecto al problema vasco y no comparte con frecuencia los planteamientos que pueden hacerse por parte de otros obispos. Y luego está el obispo de la parte norte, de Baiona concretamente, que también ha adoptado unos planteamientos diferentes. Por tanto habría que distinguir de qué tipo de Iglesia hablamos. En todo caso la Iglesia, la mía, a la que yo pertenezco, siempre ha intentado adoptar posturas de diálogo, posturas de superación de la violencia, posturas también de condena directa de la violencia y, por supuesto, siempre de cercanía a todos aquellos que sufren, y con el deseo claro de llegar a una solución de paz. Pienso que la paz y la búsqueda de la paz (la Pastoral de hace un año lo ha dicho con toda claridad) es el objetivo fundamental de la Iglesia jerárquica y su conjunto, aunque a veces los planteamientos puedan ser diferentes.

La Iglesia jerárquica ha adoptado posturas críticas muy matizadas, muy suavizadas. Creo que han sido bastante más radical otros sectores de la Iglesia vasca, de sacerdotes de lo que se llama la Coordinadora de Sacerdotes de Euskal Herria, a la que yo pertenezco, y que nos hemos posicionado mucho más radicalmente, ante el posicionamiento que tiene el Gobierno español respecto a los problemas de aquí. En ese aspecto sí que hemos sido críticos, ampliamente críticos con ese tipo de posicionamiento, respecto a un gobierno (el español) y a un Estado que dificulta y entorpece unos proce-

sos de normalización que pensamos son claves para resolver un conflicto que todos queremos que se supere cuanto antes por vías pacíficas y normalizadas.

Respecto a la Iglesia española ha habido diversas posiciones. La más llamativa y la que ha tenido más proyección mediática ha sido la Instrucción Pastoral de la Conferencia Episcopal española. Ahí se mostró la sensibilidad casi general y digo casi porque esa Instrucción no ha sido firmada ni por los obispos catalanes ni por la mayoría de los obispos vascos. También ahí hay que diferenciar, pero la amplia mayoría del episcopado español parece ser que tiene una difícil sintonía, por no decir muy poca sintonía, con la problemática tal como aquí se vive, y en su conjunto se deja llevar más por las tesis gubernamentales. El hecho de que no hayan firmado los obispos de aquí ni los catalanes significa mucho, ante una Instrucción que no tenía el valor digamos obligatorio, pero que era asimismo, muy significativa, como decía. Roma tampoco intervino en este caso. Se calló. Así que en conjunto hay un contencioso, o un distanciamiento profundo entre el planteamiento que tiene la gran mayoría de la Conferencia Episcopal española y el de los obispos que viven aquí, con excepción de Fernando Sebastián, obispo de Navarra que comulga más con esta parte mayoritaria de la Conferencia Episcopal española.

Fractura y tregua

La fractura que existe en la sociedad vasca es una idea muy común, muy mediática y también muy simplificadora, reductora del conflicto: «demócratas y violentos, nacionalistas y no-nacionalistas». Son términos antagónicos en los cuales pienso que no es adecuado situar la complejidad del problema vasco. Sí que hay demócratas, sí que hay violentos, evidentemente, pero ¿dónde se sitúa exactamente la democracia? ¿Es que todos los demócratas son demócratas? Si son demócratas, como la palabra indica, la democracia exige atender a todas las demandas, atender a todas las reivindicaciones, atender

a todos los derechos y no excluir ningún punto de vista. Y sin embargo, sabemos que muchos demócratas excluyen puntos de vista y se cierran en ciertos planteamientos simplemente para no poner en cuestión ya sea la Constitución, ya sean ciertos juzgamientos jurídicos... ¿eso es democracia? Los violentos si se entiende por "violentos" los que recurren a la lucha armada para resolver el conflicto, por supuesto, esos no son demócratas. Y no se puede admitir, bajo mi punto de vista, el emplear medios armados en este momento para resolver los conflictos que todos nosotros estamos viviendo. Pero hay que reconocer que el fondo de ese planteamiento y que la demanda que puede haber debajo de esos procedimientos sí que son profundamente democráticas. ¿Pedir que el pueblo vasco pueda autodeterminarse, no es una demanda democrática? Por tanto, situar el conflicto en esos parámetros tal como se sitúa habitualmente, y como la opinión pública los percibe no creo que sea exactamente lo mismo. Y lo mismo diríamos de los nacionalistas y no-nacionalistas. Porque cuando hablamos de no-nacionalistas ¿no estamos refiriéndonos a los que conforman el Estado español? y en el Estado español ¿no hay también nacionalistas españoles? Porque es evidente, basta leer diferentes publicaciones con cierta calma para darse cuenta de que en ciertos razonamientos digamos del Estado español, de los que defienden España y su integridad, etc., hay planteamientos profundamente nacionalistas.

La tregua llegó a raíz del Pacto de Lizarra-Garazi. Evidentemente, a mi modo de ver fue un momento clave en el proceso que nos queda de normalización y en el camino de la paz y del cese de toda la violencia. Ya se expuso así por parte de partidos políticos y de los movimientos sociales que estuvimos implicados y apoyando todo este planteamiento. Fue un momento realmente esperanzador. Lo vivimos con una auténtica ilusión; ilusión basada en la realidad de un pacto que pensábamos que podía llegar muy lejos. ¿Por qué se rompió? Bueno, tenemos el punto de vista de los políticos, y a veces en-

tre los políticos es difícil saber quién movió los hilos para que esto ocurriera. Había un precedente que fue un pacto que se había hecho ya en Argel, unos diez años atrás. También aquello se rompió. Y todos sabemos que fue por presiones determinadas de la política de aquel tiempo, y sabemos que aquellos que acudieron representando una de las partes hoy viven en la cárcel.

En este nuevo pacto sí que hubo intereses diferentes. Y se mezclaron posiciones que de alguna forma no son fáciles de analizar y comprender. Pero sí que por lo visto hubo una voluntad directa, política, para que este Pacto de Lizarra se viniera abajo. Eso fue evidente, clarísimo, por parte del Gobierno español al que no le interesaba porque lo consideró un pacto en el que se daba razón a ETA. Creo que era más bien todo lo contrario. Y también entre los mismos grupos del País Vasco, incluso entre los grupos nacionalistas, parece que hubo intereses de que esto no prosperara, porque quizá no iba de acuerdo con su tipo de planteamientos.

Respecto a la Iglesia, en aquellos momentos hubo una declaración de los obispos vascos diciendo que apoyaban el método que se había seguido, apoyando el proceso que se estaba dando, apoyando de alguna manera los acuerdos que se habían conseguido. Y parecía que esto abría una esperanza. Sin entrar en las cuestiones políticas; éstas no les concernían a ellos. Consta además documentalmente el apoyo que esto tuvo como un camino abierto a la esperanza para resolver el conflicto. La Iglesia jerárquica no se opuso, todo lo contrario. Por parte de lo que hemos denominado Iglesia de izquierda, sí que hubo un total apoyo en el sentido de que veíamos un camino discutible en algunos aspectos, que necesitaba ser muy matizado, que requería muchos avances, pero que nos parecía el único camino éticamente aceptable para resolver el conflicto. Lamentamos profundamente la ruptura, tanto por las presiones habidas, como por la decisión de ETA de romper la tregua, a mi modo de ver quizá precipitada.